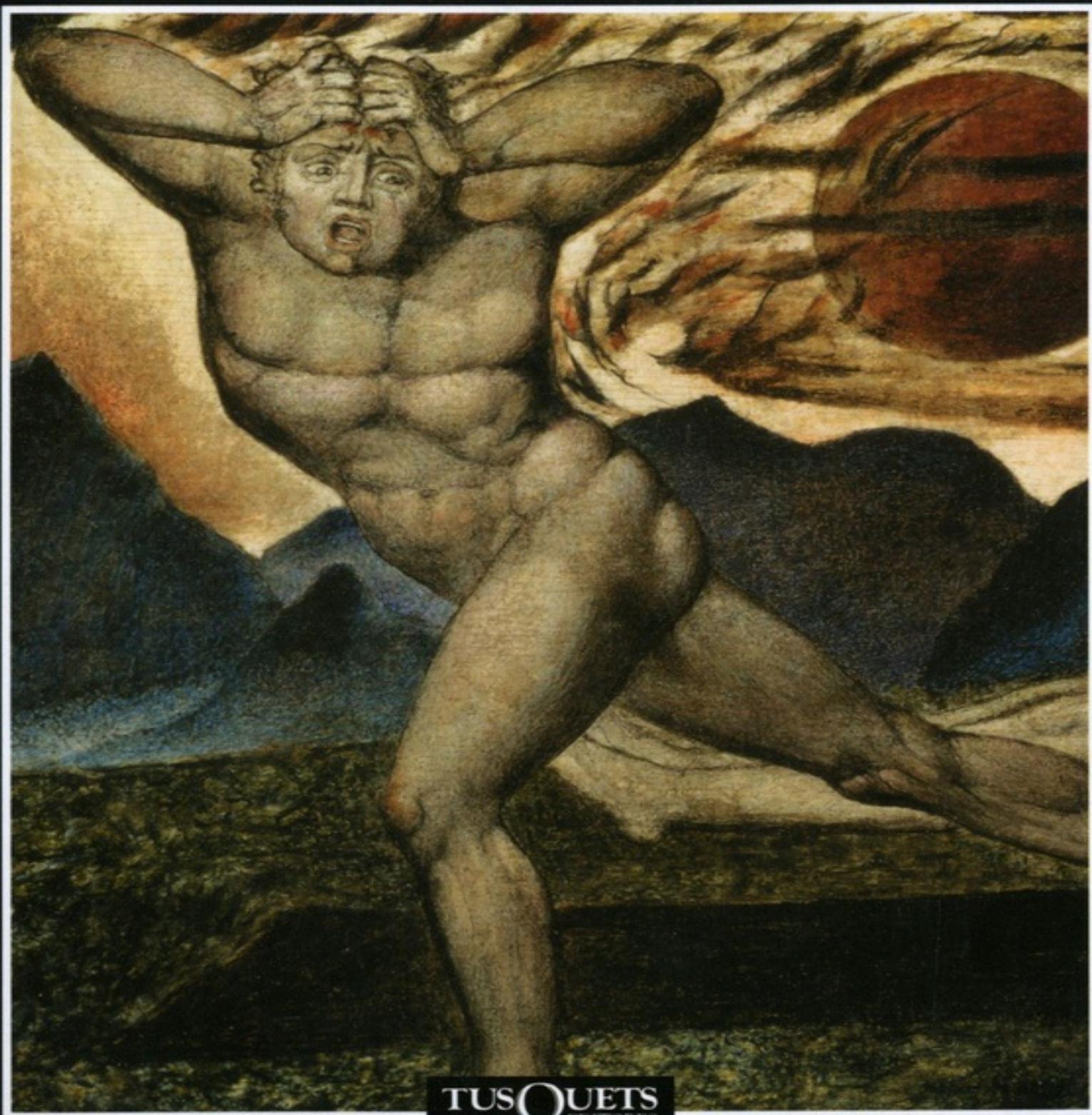


Horacio Castellanos Moya INSENSATEZ

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

Índice

Portada

Dedicatoria

Cita

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Ocho

Nueve

Diez

Once

Doce

Agradecimiento

Créditos

A S.D.,
quien me hizo prometerle
que jamás le dedicaría este libro

ISMENE: Nunca, señor, perdura la sensatez en los que son desgraciados, ni siquiera la que nace con ellos, sino que se retira.

Sófocles, *Antígona*

Uno

Yo no estoy completo de la mente, decía la frase que subrayé con el marcador amarillo, y que hasta pasé en limpio en mi libreta personal, porque no se trataba de cualquier frase, mucho menos de una ocurrencia, de ninguna manera, sino de la frase que más me impactó en la lectura realizada durante mi primer día de trabajo, de la frase que me dejó lelo en la primera incursión en esas mil cien cuartillas impresas casi a renglón seguido, depositadas sobre el que sería mi escritorio por mi amigo Erick, para que me fuera haciendo una idea de la labor que me esperaba. *Yo no estoy completo de la mente*, me repetí, impactado por el grado de perturbación mental en el que había sido hundido ese indígena cachiquel testigo del asesinato de su familia, por el hecho de que ese indígena fuera consciente del quebrantamiento de su aparato psíquico a causa de haber presenciado, herido e impotente, cómo los soldados del ejército de su país despedazaban a machetazos y con sorna a cada uno de sus cuatro pequeños hijos y enseguida arremetían contra su mujer, la pobre ya en shock a causa de que también había sido obligada a presenciar cómo los soldados convertían a sus pequeños hijos en palpitantes trozos de carne humana. Nadie puede estar completo de la mente después de haber sobrevivido a semejante experiencia, me dije, cavilando, morbosamente, tratando de imaginar lo que pudo ser el despertar de ese indígena, a quien habían dejado por muerto entre los trozos de carne de sus hijos y su mujer y que luego, muchos años después, tuvo la oportunidad de contar su testimonio para que yo lo leyera y le hiciera la pertinente corrección de estilo, un testimonio que comenzaba precisamente con la frase *Yo no estoy completo de la mente* que tanto me había conmocionado, porque resumía de la manera más compacta el estado mental en que se encontraban las decenas de miles de personas que habían padecido experiencias semejantes a la relatada por el indígena cachiquel y también resumía el estado mental de los miles de

soldados y paramilitares que habían destazado con el mayor placer a sus mal llamados compatriotas, aunque debo reconocer que no es lo mismo estar incompleto de la mente por haber sufrido el descuartizamiento de los propios hijos que por haber descuartizado hijos ajenos, tal como me dije antes de llegar a la contundente conclusión de que era la totalidad de los habitantes de ese país la que no estaba completa de la mente, lo cual me condujo a una conclusión aún peor, más perturbadora, y es que sólo alguien fuera de sus cabales podía estar dispuesto a trasladarse a un país ajeno cuya población estaba incompleta de la mente para realizar una labor que consistía precisamente en editar un extenso informe de mil cien cuartillas en el que se documentaban las centenares de masacres, evidencia de la perturbación generalizada. Yo tampoco estoy completo de la mente, me dije entonces, en ese mi primer día de trabajo, sentado frente al que sería mi escritorio durante esa temporada, con la vista perdida en las altas y blancas paredes casi desnudas de esa oficina que yo ocuparía los próximos tres meses y cuyo mobiliario consistía nada más en el escritorio, la computadora, la silla en que yo divagaba y un crucifijo a mi espalda, gracias al cual las altas paredes no estaban completamente desnudas. Yo tengo que estar mucho menos completo de la mente que estos sujetos, alcancé a pensar mientras tiraba mi cabeza hacia atrás, sin perder el equilibrio en la silla, preguntándome cuánto tiempo me llevaría acostumbrarme a la presencia del crucifijo, el cual ni por ocurrencia podía yo bajar de ahí, ya que ésa no era mi oficina sino la de monseñor, tal como me explicó unas horas antes mi amigo Erick, cuando me condujo hacia ella, aunque monseñor casi nunca la ocupaba sino que prefería la de su parroquia, donde también vivía, de ahí que yo pudiera disponer de esa oficina todo el tiempo que quisiera, pero no tanto como para deshacerme del crucifijo y poner en su lugar otros motivos que alegraran mi ánimo, motivos que hubieran estado tan alejados de cualquier religión como lo estaba yo mismo, aunque en esos momentos y en las semanas que siguieran me encontraría trabajando en esa sede del Arzobispado, ubicada ni más ni menos que en la parte trasera de la Catedral Metropolitana, otra muestra de que *yo no estoy completo de la mente*, me dije ya con franca preocupación, porque sólo de esa manera podía explicarse el hecho de que un ateo vicioso como yo estuviese iniciando un trabajo para la pérfida Iglesia católica, sólo

así podía explicarse que pese a mi repugnancia vital hacia la Iglesia católica y hacia todas las demás Iglesias, por pequeñas que fueran, yo me encontrara ahora precisamente en la sede del Arzobispado frente a mil cien cuartillas a renglón seguido que contenían los espeluznantes relatos de cómo los militares habían exterminado decenas de poblados con sus habitantes. ¡Yo soy el menos completo de la mente de todos!, pensé, con alarma, mientras me ponía de pie y empezaba a pasearme como animal enjaulado en esa oficina cuya única ventana que daba a la calle estaba tapiada para que ni los transeúntes ni quien estuviera dentro cayeran en tentación, empezaba a pasearme tal como haría con frecuencia todos y cada uno de los días que permanecí entre esas cuatro paredes, pero en ese momento, al borde del trastorno, luego de darme cuenta de que me encontraba tan incompleto de la mente que había aceptado y estaba iniciando un trabajo con los curas que ya me habría puesto en la mira de los militares de este país, como si yo no tuviera ya suficientes problemas con los militares de mi país, como si no me bastara con los enemigos en mi país, estaba a punto de meter mi hocico en este avispero ajeno, a cuidar que las católicas manos que se disponían a tocarle los huevos al tigre militar estuvieran limpias y con el *manicure* hecho, que de eso trataría mi labor, de limpiar y hacer el *manicure* a las católicas manos que piadosamente se preparaban para apretarle los huevos al tigre, pensé clavando la mirada en el mamotreto de mil cien cuartillas que yacía sobre el escritorio, y, deteniendo momentáneamente mis pasos, con creciente estupor comprendí que no sería cosa fácil leer, ordenar en volúmenes y corregir el estilo de esas mil cien cuartillas en los tres meses convenidos con mi amigo Erick: ¡caramba!, haber aceptado editar ese informe en tan sólo tres meses evidenciaba que mi problema no era estar incompleto de la mente, sino totalmente desquiciado. De súbito me sentí atrapado en esa oficina de paredes altas y desnudas, víctima de una conspiración entre curas y militares en tierra ajena, cordero a punto de encaminarme hacia el sacrificio por culpa de un entusiasmo estúpido y peligroso que me llevó a confiar en mi amigo Erick, cuando un mes atrás –mientras apurábamos un Rioja en una vieja tasca española ubicada a inmediaciones del cuartel de la policía– me preguntó si yo estaría interesado en editar el informe del proyecto en el que entonces él estaba embarcado y que consistía en recuperar la memoria de los centenares

de sobrevivientes y testigos de las masacres perpetradas al fragor del mal llamado conflicto armado entre el ejército y la guerrilla, si yo estaría interesado en ganarme unos cinco mil dólares por concentrarme durante tres meses en la edición de unas quinientas cuartillas elaboradas por reconocidos periodistas y académicos que entregarían un texto prácticamente terminado, al cual yo sólo tendría que echarle una última ojeada, la de rigor, de hecho una ganga, cinco mil dólares por pegarle el empujoncito postrero a un proyecto en el que participaban decenas y decenas de personas, comenzando por los grupos de catequistas que habían logrado sacar los testimonios de aquellos indígenas testigos y sobrevivientes, la mayoría de los cuales ni siquiera hablaba castellano y temía por sobre cualquier cosa referirse a los hechos de los que habían sido víctimas, siguiendo con los encargados de transcribir las cintas y traducir los testimonios de las lenguas mayas al castellano en que el informe tendría que ser escrito, y finalizando por los equipos de profesionales destacados para la clasificación y el análisis de los testimonios, y también para la redacción del informe, puntualizó en aquella ocasión mi amigo Erick, sin mayor énfasis, más bien tranquilo, con el estilo conspirativo que lo caracterizaba, a sabiendas de que yo jamás me negaría a semejante empresa, no por los entusiasmos que un buen Rioja despertaba en mi ánimo, sino porque ya él percibía que yo estaba tan incompleto de la mente que aceptaría la propuesta y hasta me entusiasmaría con la idea de involucrarme en semejante proyecto, sin regatear ni ponerme a considerar pros y contras, tal como en efecto sucedió.

Abrí la puerta, de golpe, aterrorizado, como si me faltara aire y estuviera a punto de desfallecer bajo un fulminante ataque de paranoia en esa habitación tapiada, y me paré en el umbral, quizá con los ojos desorbitados, según concluí por la forma en que voltearon a verme las dos secretarias, decidido a permanecer con la puerta abierta mientras me acostumbraba a ese sitio y a mi nueva labor, aunque el hecho de que la puerta estuviese abierta sin duda afectaría a mi concentración en la lectura. No me importaba, prefería cualquier distracción que entorpeciera mi lectura de las mil cien cuartillas a padecer nuevos ataques de paranoia a causa del encierro y de mi imaginación enfermiza que a partir de una frase ni tan ingenua, pero al fin y al cabo una más entre las centenares que me tocaría leer en las semanas por venir, me

había metido en un berenjenal que sólo podía llevarme a la paralización, tal como constataba ahora que volvía del umbral de la puerta hacia la silla donde pronto estuve de nuevo sentado, con la vista fija en la frase de marras, *Yo no estoy completo de la mente*, y de la cual me propuse saltar de inmediato a la que siguiera, sin detenerme a divagar como recién había hecho, so pena de atascarme peligrosamente en la labor que apenas empezaba, pero mi propósito fue abortado a los pocos segundos por la irrupción en mi oficina de un chiquitín con gafas y bigotito mexicano, el tipo cuya oficina estaba ubicada justo contigua a la mía y a quien mi amigo Erick me había presentado quizá una hora atrás, cuando me conducía hacia mi sitio de trabajo, un chiquitín que era ni más ni menos que el director de todo aquel complejo de oficinas del Arzobispado dedicadas a velar por los derechos humanos, el segundo de a bordo de monseñor, me explicó Erick, mientras yo le daba la mano y oteaba las fotos enmarcadas y muy distinguibles en la pared en las que el chiquitín aparecía junto al papa Juan Pablo II y junto al presidente estadounidense William Clinton, lo que de inmediato me puso sobre aviso de que no le estaba dando la mano a un chiquitín cualquiera, sino a uno que había dado esa misma mano al Papa y al presidente Clinton, una idea que por poco logra intimidarme, dada la circunstancia de que el Papa y el presidente estadounidense eran los dos hombres más poderosos del planeta y el chiquitín que ahora entraba a mi oficina se había tomado sendas fotos junto a ambos dignatarios, no poca cosa, por lo que en el acto me puse de pie y le pregunté solícito qué se le ofrecía, a lo que el chiquitín respondió con la mayor de las simpatías que perdonara la intromisión, él era consciente de que me esperaba un arduo trabajo, dijo señalando las mil cien cuartillas que yacían sobre el escritorio, pero aprovechando que yo había abierto la puerta para tomar sin duda mi primer descanso, él se había tomado la libertad de venir a invitarme a dar un recorrido por todo el edificio para que conociera al personal, recorrido que mi amigo Erick en sus permanentes prisas había omitido al conducirme directamente desde la recepción hacia la que sería mi oficina, con la sola escala donde el chiquitín a la que ya me referí, un recorrido que de inmediato acepté y que me llevó por todas y cada una de las oficinas de ese edificio que en verdad no era un edificio, sino una construcción colonial en la parte trasera de la Catedral Metropolitana con la

típica estructura de un palacio arzobispal: dos plantas de sólida piedra con amplios corredores que daban al cuadrado patio central en el que entonces se encontraban varios empleados disfrutando de su refrigerio matutino, quienes al verme junto a Mynor, que así se llamaba el chiquitín director seglar de aquella institución, me saludaron efusivos y zalameros, como si yo hubiese sido el seminarista de nuevo ingreso, mientras el chiquitín destacaba mis virtudes profesionales gracias a las cuales el informe sobre las masacres sería un texto de primera y yo me decía que en alguna parte tenían que estar escondidas las chicas guapas, porque las que me había presentado el chiquitín no sólo estaban incompletas de la mente, sino también del cuerpo, pues carecían de cualquier rastro de belleza, aspecto que por supuesto no le comenté a mi guía y que al paso de los días descubrí que era intrínseco a esa institución, y no sólo a la extrema izquierda, como yo antes pensaba, que las mujeres feas eran un atributo exclusivo de las organizaciones de extrema izquierda, no, ahora comprendía que también lo eran de los organismos católicos dedicados a velar por los derechos humanos, una conclusión a la que arribé más tarde como bien dije y que en ningún momento compartiría con quien se retrataba junto a Juan Pablo II y a Bill Clinton, el chiquitín que me llevó por todo el recorrido, oficina tras oficina, hasta que finalmente me dejó solo de nuevo frente a las mil cien cuartillas que esperaban en mi escritorio, no sin antes preguntarme si yo prefería que él cerrara la puerta de mi oficina, a lo que respondí que mejor la dejara abierta, habida cuenta de que estábamos en el rincón más tranquilo del palacio arzobispal y no habría molestas interferencias que me distrajeran.

Dos

Para celebrar mi primer día de trabajo como Dios manda, cité al mediodía a mi compadre Toto en El Portalito, la cantina más legendaria de la ciudad, ubicada por suerte a escasos doscientos metros de mi oficina, lo suficientemente cerca como para evitar la ansiedad de quien teme por sobre todas las cosas ser impuntual, que es mi caso, y de quien requiere en los momentos más inusitados una copa que calme su sistema nervioso, que también es mi caso, de ahí que yo considerara la cercanía entre el palacio arzobispal y El Portalito como un hecho casi milagroso, como un guiño de los cielos en el sentido de que podría realizar mi trabajo sin desmayo, tal como se lo dije a mi compadre Toto una vez que estuvimos acomodados en una mesa de la cantina, en espera de los voluminosos tarros de cerveza, recorriendo los rostros de los demás comensales: el hecho de tener una cantina cerca, a mano, sin importar el tipo de oficina en que yo esté metido, constituye un motivo de tranquilidad espiritual para mí, le expliqué en el momento en que tomábamos los tarros y los alzábamos en un brindis que mi compadre Toto aprovechó para hacer gala de su peculiar sentido del humor: «por que salgás vivo de esa mierda», dijo con solemnidad el chistosito, una broma que en el acto despertó mis sospechas hacia los tipos de las mesas vecinas, a sabiendas de que en esa cantina encerrada y sórdida pululaba canalla de diversa calaña, incluidos informantes y torturadores del mal llamado Estado Mayor Presidencial, torturadores que por lo general bebían a solas, casi sin levantar la vista de la mesa, con los ojos inyectados en sangre y la mueca siniestra, a quienes uno podía olfatear por el halo denso y macabro que los rodeaba. «No te aflijás, tranquilo», me dijo mi compadre Toto, pelando su dentadura equina bajo el bigote a lo Pancho Villa, y enseguida inquirió sobre mis impresiones en esa primera mañana de trabajo, cómo me habían tratado los curas, que le contara, pero en el preciso instante en que iba

a arrancar mi relato tronó ensordecedora una marimba desde las alturas de un tapanco ubicado cerca de la entrada, una marimba tocada por dos ancianos que barrieron con su música las conversaciones de las mesas, en especial de aquellas que estaban más cerca del tapanco, como la nuestra, donde tendríamos que hablar a gritos a fin de escucharnos, tal como hizo entonces mi compadre Toto, para decirme que esa música constituía una especie de marcha de bienvenida, que no cabía la menor duda de que estaba dedicada a mí, vociferó con su mueca burlona, conocedor de que si algo aborrezco con especial intensidad es la música folclórica, y por sobre todo la música triste y llorona de la marimba, instrumento que sólo puede ser idolatrado por un pueblo triste y llorón, tal como muchas veces he expresado. «No se me ahueve, compadre, cuénteme», dijo, riéndose a mis costillas, porque yo carecía de opción, dada la circunstancia de que la marimba recién iniciaba su ronda musical, yo debía pues hablar a los gritos para imponerme sobre esa música triste y llorona, algo que en verdad no me costaría, mucho menos ahora que pedíamos la segunda ronda de cerveza, pero también debía olvidarme de la marimba y su música molesta a fin de poder concentrarme en el relato de mis impresiones en esa primera mañana de trabajo, un relato que sólo podía comenzar con la extraña sensación que tuve al tocar el enorme portón de madera ubicado a un costado de la catedral, como si estuviese pidiendo que me abriesen las puertas de unas catacumbas siempre temidas y aborrecidas, pero a las cuales el destino me obligaba a penetrar, esa extraña sensación de estar a punto de entrar a un mundo prohibido e indeseable fue la que tuve temprano en la mañana mientras esperaba que abrieran el enorme portón de madera, en esa acera sucia y maloliente que ya estaba infestada de vendedores ambulantes y de sujetos sospechosos como los que pululaban también en esa cantina donde por fin la marimba había terminado su primera pieza y la mesera nos traía nuestros segundos tarros de cerveza. Una vez que hube traspasado el enorme portón de madera, conducido por un portero con pinta de viejo sacristán, me apresuré a decirle a mi compadre Toto, aprovechando el intersticio de silencio entre pieza y pieza, fui conducido a una sala de espera fría y atemorizante, como antesala de convento, donde permanecí a solas demasiados minutos aguardando que el portero fuera en busca de mi amigo Erick, sentado en una banca a la que sólo le faltaba el

reclinatorio y donde pude percibir en toda su dimensión el hecho de que estaba penetrando a un mundo regido por las leyes del catolicismo, que siempre habían generado en mí la peor repulsión, lo que me hizo considerar la posibilidad de salir en estampida en ese instante, aunque enseguida fui víctima de una sensación aún más rara, como si ya hubiese estado en ese sitio anteriormente y ahora estuviera volviendo a vivir la misma experiencia que además marcaría mi vida de forma tajante, le dije a mi compadre Toto en el momento en que la marimba arrancaba con la nueva pieza, una sensación por lo demás escalofriante, como si estuviera a punto de empezar a vivir un destino en el que mi voluntad apenas contaba y cuyo principal rasgo era el peligro.

Antes de seguir adelante debo aclarar que con mi compadre Toto yo me sentía particularmente seguro, no sólo porque estábamos en su ciudad y él se movía con soltura en ella, sino también porque su apariencia de finquero —el sombrero de ala ancha, las botas de oficial castrense y la chaqueta holgada— imponía respeto, vaya usted a saber, y lo más probable es que portara la pistola lista en la cintura, pensaría el cristiano precavido, y el propio Toto se definía en su currículum como agricultor y poeta, algo que sólo yo sabía, dada la confianza que teníamos, pero para los demás parroquianos se trataría de un finquero, especie temida en este país gracias a su agresividad y a la poca consideración que mostraba hacia la vida del prójimo, como se desprendía de las mil cien cuartillas que reposaban en el escritorio del Arzobispado y sobre las cuales mi compadre Toto pasó ahora a interrogarme. Le dije que el amigo Erick me la había metido torcida y sin saliva, el muy listo. En vez de las quinientas cuartillas acordadas me tocaría trabajar sobre el doble de material, sin que pareciera dispuesto a doblar también mis emolumentos. Ciertamente que a estas alturas yo no recularía bajo el argumento de que trescientas cuartillas eran el listado de masacres y de nombres de las víctimas y las ochocientas restantes estaban muy bien escritas, como yo pronto podría comprobar, así me lo aseguró, por lo que mi labor nada más consistiría en un afinado y retoque final, aunque por supuesto tenía carta blanca para modificar aquello que considerara necesario, sin distorsionar el enfoque —y su confianza en mí era tal que no había necesidad de entrar en detalles, dijo. Lo cierto era que, reconocí ante mi compadre Toto, las

cincuenta cuartillas que había leído esa mañana estaban en efecto cuidadosamente escritas, incluso me atrevería a decir que impecables, pese al estilo aséptico y un tanto académico del médico psiquiatra redactor de esa primera parte del informe, un vasco de nombre Joseba a quien yo no conocía y que ahora se encontraba fuera del país, cuyo método de trabajo consistía en plantear diversas tesis sobre los efectos que el descuartizamiento particular y generalizado tuvo sobre la salud física, mental y emocional de la población sobreviviente, para enseguida apuntalar sus tesis con los testimonios de esta misma población, debidamente escogidos entre los centenares y centenares de casos que se tenían en archivo, algunos de los cuales, leídos esa mañana, habían conmocionado mi imaginación enfermiza, reconocí ante mi compadre Toto, quien bebía su cerveza demasiado deprisa o más bien bebía mientras yo hablaba y por eso me llevaba la delantera, por ejemplo el caso del mudito del pueblo, continué, no recuerdo en qué caserío perdido en el altiplano sucedió, lo leí precisamente antes de salir de la oficina, incluso lo venía rumiando mientras cruzaba el Parque Central frente a la catedral, porque al pobre mudito le tocó en suerte que los militares lo interrogaran sin saber que él era mudo, le tocó comenzar a recibir golpes para que confesara los nombres de los colaboradores de la guerrilla, delante de los demás habitantes del poblado el mudito recibía sin decir palabra los golpes que seguían a cada pregunta hecha por el sargento que comandaba la patrulla, sin que nadie de la población se atreviera a decirle al sargento que el mudito no podía responderle, aunque lo amarraran a ese árbol de la plaza y el sargento comenzara a infligirle incisiones en el cuerpo con el yatagán, a los gritos de «¡hablá, indio hijo de la gran puta, antes de que me calentés los huevos!», pero el mudito nada más abría desorbitadamente los ojos de tal forma que parecía que saldrían de sus cuencas a causa del terror, sin poder responderle al sargento, claro está, quien interpretaba su silencio como un desafío y fue desenvainando el machete para hacerlo hablar como locutor deportivo y para que ese hatajo de indios que presenciaban la escena despavoridos comprendieran que lo peor que podía ocurrírseles era desafiar a la autoridad, un sargento bastante bruto si consideramos que destazó al mudito sin darse cuenta de que esos gritos no eran sólo de dolor, sino de un mudito para quien ésa era su única forma de expresión. «Mudo más pendejo, ¿y por qué no le

hizo señas con las manos?»), comentó mi compadre Toto mientras picaba de los platillos con papas y cebollines que la mesera recién dejaba en la mesa, como si desconociera que de entrada los militares le amarran a la víctima las muñecas para inmovilizarla y como si no le hubiera explicado que con los primeros machetazos las pinches manos del mudo salieron volando con todo y amarres, y que a esas alturas ya nadie estaba para explicarse por señas; en consecuencia, después del mudito fueron pasando a machete a cada uno de los demás pobladores, aunque supieran hablar y dijeran estar dispuestos a delatar a los colaboradores de la guerrilla, de nada les sirvió, el bacanal había comenzado y sólo un par de ellos logró sobrevivir para venir a contarlo doce años después, dije al tiempo que mi compadre Toto pedía su tercer tarro de cerveza en tanto que yo aún tenía la mitad del segundo, lo que me pareció prudente, si he de confesarlo, dada la circunstancia de que en mi primera tarde de trabajo hubiera sido poco propicio que yo llegara borracho y escandaloso a aporrear el enorme portón de madera para que me dejaran entrar a seguir leyendo historias como la del mudito o a escarbar en los testimonios para encontrar frases como *Yo no estoy completo de la mente*, que apenas era una de las muchas que me iban asombrando a medida que avanzaba en la lectura, tal como le expliqué a mi compadre Toto, frases contundentes dichas por indígenas para quienes seguramente recordar los hechos que ahí relataban significaba remover sus más dolorosos recuerdos, pero también entrar a una etapa terapéutica al poder confrontar su pasado, orear a esos fantasmas sanguinarios que acechaban sus sueños, como ellos mismos reconocían en esos testimonios que parecían cápsulas concentradas de dolor y cuyas frases tenían tal sonoridad, fuerza y profundidad que yo había apuntado ya algunas de ellas en mi libreta personal, dije al tiempo que sacaba mi pequeña libreta de reportero del bolsillo interior de mi chaqueta de mezclilla, notando que mi compadre Toto había relajado su atención porque la cantina cada vez se llenaba más y en una que otra mesa había chicas ni tan despreciables. Escuchá esta lindura, vos que sos poeta, dije antes de leer la primera frase, aprovechando que la marimba recién finalizaba su pieza, y con mi mejor énfasis declamatorio, pronuncié: *Se queda triste su ropa...* Y enseguida observé a mi compadre, pero éste a su vez me miraba a la expectativa, por lo que pasé de inmediato a leer la segunda frase, con una

entonación más contundente aún, si era posible: *Las casas estaban tristes porque ya no había personas dentro...* Y luego, sin esperar, leí la tercera: *Quemaron nuestras casas, comieron nuestros animales, mataron nuestros niños, las mujeres, los hombres, ¡ay!, ¡ay!...* ¿Quién va a reponer todas las casas? Y lo observé de nuevo, porque ahora sí tenía que haber encajado esos versos que para mí expresaban toda la desolación después de la masacre, pero no para mi compadre Toto, más agricultor que poeta, como descubrí con pena, cuando lo escuché apenas comentar «qué onda...», como una cortesía, supongo, porque enseguida clavó en mí su mirada perdonavidas y dijo que yo debía tomármela con calma, corregir mil cien cuartillas con historias de indígenas obsesionados con el terror y la muerte podía quebrantar al espíritu más férreo, intoxicarme con una morbosidad malsana, lo mejor era que me distrajera, para compensar, según él, y que me olvidara del trabajo una vez fuera de la oficina, señalando acusatoriamente mi libreta de apuntes, debía dar gracias de que no me permitieran sacar el material del Arzobispado por motivos de seguridad, convivir con esos textos las veinticuatro horas del día podría ser fatal para una personalidad compulsiva como la mía, dispararía mi paranoia a niveles enfermizos, mejor no sacar eso de la casa de los curas, y apuntó de nuevo a mi libreta, y tomármela como una chamba de oficina cualquiera, dijo mi compadre Toto y luego señaló con un movimiento de su boca hacia una mesa contigua a mis espaldas, donde sendas damiselas departían con un alfeñique cualquiera, como si ése fuera el instante propicio para la seducción, como si yo hubiera leído las frases de mi libreta de apuntes para convencerlo de la bondad de una causa justa con la que me estaba comprometiendo, cuando lo que yo buscaba, tal como se lo dije ya un tanto encabronado por la circunstancia, era mostrarle la riqueza de lenguaje de sus mal llamados compatriotas aborígenes, y ninguna otra cosa más, suponiendo que él como poeta hubiera podido estar interesado en ello, en esas intensas figuras de lenguaje y en la curiosa construcción sintáctica que me recordaba a poetas como el peruano César Vallejo, y entonces procedí a leer con mayor firmeza, y sin dejarme intimidar por la marimba que de nuevo arrancaba, un fragmento más largo, para que a mi compadre Toto no le cupiera ninguna duda: *Tres días llorando, llorando que le quería yo ver. Ahí me senté abajo de la tierra para decir ahí está la crucita, ahí está él, ahí está nuestro polvito*

y lo vamos a ir a respetar, a dejar una su vela, pero cuando vamos a poner la vela no hay donde la vela poner... Y esta otra frase, decime, le increpé ya decididamente encarrerado yo, si no se trata de un gran verso, de una joya poética, dije antes de pronunciarla con intensidad: *Porque para mí el dolor es no enterrarlo yo...* Fue cuando detecté en la mirada de mi compadre Toto cierta alarma, como si yo me estuviese yendo de la boca y algún informante preciso estuviese tomando nota sin que yo me percatara, lo que me produjo cierto escalofrío y el acto reflejo de ver con nerviosismo a los comensales de las mesas que nos rodeaban, la mayoría de los cuales podía perfectamente ser informante de los militares, no me hubiera extrañado incluso que muchos de ellos lo fueran, dadas las condiciones de ese país, razón de más para guardar mi pequeña libreta de apuntes en el bolsillo de mi chaqueta y hacer una señal a la mesera para que me trajera mi tercer y último tarro de cerveza. «Sólo ya el no querer es lo que quiero», recitó mi compadre, con un rictus de burla, limpiándose los restos de espuma del bigote, y después dijo: «Quevedo».

Tres

Reventé como hacía mucho no reventaba, en la oficina de administración del Arzobispado, cuando esa tarde el pagador me dijo que no había ningún dinero para mí, que él ni siquiera sabía que se me tuviera que pagar algo, haciendo caso omiso de que esa misma mañana mi amigo Erick me había asegurado que después del mediodía pasara a pagaduría a cobrar mis dos mil quinientos dólares de adelanto, tal como era el acuerdo, que se me pagaría la mitad de mis cinco mil dólares al principio del trabajo y la otra mitad al final del mismo, para eso había yo caminado desde mi oficina por los amplios corredores hasta el otro lado del palacio arzobispal, para recoger un dinero sin el cual sería imposible que yo continuara mi trabajo, le expliqué al pagador, menudo y lerdo tras su escritorio, y no creía yo que mi amigo Erick me hubiera engañado con semejante desfachatez, ¿o usted me está diciendo que mi amigo Erick me ha mentido con la peor desvergüenza?, le espeté al pagador, que permanecía con la mirada baja, sin responderme, cual monaguillo reprendido, hasta que del fondo del despacho emergió un rubio, alto, con acento caribeño y voz de mando, quien preguntó qué estaba sucediendo, como si no se hubiera dado cuenta, enfrentándome, lo que me pareció estupendo, un cruzado en tierra de indios a quien restregarle en la jeta la ineficiencia de esa burocracia católica, a lo que procedí sin dilación al escupirle que me parecía inconcebible que no estuviera listo mi dinero cuando mi amigo Erick me había dado su palabra, y dije «su palabra» con suficiente énfasis, de que en la tarde sin falta podría cobrar mi adelanto, y hasta donde yo tenía entendido la palabra de mi amigo Erick valía en esa institución, lo que significaba que alguien no estaba cumpliendo su deber y ponía en peligro la totalidad del proyecto, porque yo no estaba dispuesto a corregir ni un renglón más de esas mil cien cuartillas si no me pagaban mi adelanto en el acto, tal como estaba acordado. No se requería demasiada

capacidad de observación para darse cuenta de que al rubio le estaba costando un huevo y la mitad del otro contenerse, enardecido por mi andanada, que tampoco había terminado, como enseguida le quedó claro, cuando le espeté que no sólo de pronto querían que les hiciera el doble de trabajo por la misma cantidad de dinero, lo cual era una barbaridad desde el punto de vista que se viese, sino que ahora incumplían con flagrancia la base del acuerdo laboral que era el pago de mi adelanto, dicho ya con la voz alzada y un tanto histérica, debo reconocerlo, como suele sucederme cuando descubro a alguien que se propone estafarme, que era la intención de ese rubio que ahora mascullaba, con los dientes apretados, que mi dinero se me pagaría a más tardar al siguiente día, me lo aseguraba él como jefe administrativo, nada más se trataba de un pequeño retraso debido a que él no había estado durante la mañana, cuando Erick seguramente lo buscó para que tramitara el pago. Vaya la suerte que en ese instante apareció en la puerta de la oficina administrativa el chiquitín que se retrataba con Clinton y con el Papa, de no ser por su oportuna aparición quién sabe cómo hubiera terminado la disputa entre el rubio, que me consideraba un imbécil que no pelearía por mi adelanto, y yo, para quien el cumplimiento de un pago está por encima de cualquier otro valor, como se lo hice ver al chiquitín una vez que me aseguró –posando su mano supuestamente tranquilizadora en mi espalda, un gesto que despertó en mí la peor de las sospechas– que bajo su palabra como director se me pagaría al siguiente día temprano en la mañana mi adelanto de dos mil quinientos dólares, preguntándome además si prefería recibir los dólares en efectivo o un cheque en moneda nacional, una pregunta estúpida desde todo punto de vista ya que en mi trato con mi amigo Erick siempre hablamos de cinco mil dólares, sin mencionar jamás su moneda nacional, cuyos billetes viejos y apestosos no podrían servir como incentivo para alguien mínimamente en sus cabales, que era mi caso, tal como se lo dije al chiquitín mientras me conducía, sin quitar su sospechosa mano de mi espalda, hacia el lado del palacio donde estaban nuestras oficinas, con un andar lento y cadencioso, como si hubiéramos sido viejos curas en su paseo vespertino, y aprovechaba para pedirme que no me enojara con Jorge, el jefe administrativo, no era culpa de éste el retraso en mi pago, se trataba además de un buen compañero, panameño, entregado al proyecto, ya lo conocería más. Entonces me

preguntó, con ánimo de cambiar de tema, a fin de que me relajara, sobre la calidad de los textos del informe que yo había leído hasta ese momento, mi tercer día de trabajo, a lo que respondí que de momento la calidad no era el problema sino la cantidad, el doble de lo acordado en tanto que el tiempo para terminarlo seguía siendo el mismo y el dinero también, aserto que en automático me retrajo al encabronamiento por el retraso en el pago de mi adelanto, un estado de ánimo que persistió cuando me despedí del chiquitín, entré a mi oficina cerrando la puerta a mi espalda y me senté frente al mamotreto de cuartillas, sin que ni por asomo pudiera retomar la lectura, en especial porque la primera frase en que se posaron mis ojos decía: *A puro palo y cuchillo mataron a esos doce hombres de los que se habla allí*, después de la cual seguía un breve testimonio que me resultó fatal –decía: *Agarraron a Diego Nap López y agarraron un cuchillo que cada patrullero tenía que tomar dándole un filazo o cortándole un poquito*–, porque de súbito encendió mi rabia hasta el paroxismo, aunque nadie hubiera imaginado tal cosa al verme sentado con los codos apoyados en el escritorio y la mirada perdida en la alta pared desnuda, un coraje concentrado en el miserable panameño por culpa de quien yo no había cobrado mi adelanto: ¿qué se creía ese comemierda?, ¿que me podía basurear a su antojo?, ¿no se daba cuenta de que yo no era otro de esos indios acomplejados con quienes acostumbraba a tratar? Entonces me puse de pie y comencé a pasearme por la habitación, ya completamente poseído, con mi imaginación en un torbellino que en milésimas de segundo me trasladó a la oficina del susodicho, a esas horas nocturnas cuando no quedaba nadie en el palacio arzobispal, sólo el tal Jorge metido en su escritorio, revisando cuentas, pero en verdad saboreando el hecho de haberse cagado en mi humanidad, tan concentrado en ello que no me sintió llegar y menos pudo reaccionar cuando le clavé la primera puñalada en el costado del hígado, un trabón que lo hizo caer de hinojos al suelo, con la sorpresa y el terror en los ojos, boquiabierto, las dos manos queriendo cerrar su hígado desgarrado, por lo que tampoco pudo defenderse cuando le clavé la segunda puñalada por abajo del esternón, con mayor furia aún que la primera, tal era mi encono, que enseguida mi brazo vehemente no paró de meter una y otra vez el cuchillo en el cuerpo del soberbio panameño que me había negado el pago de mi adelanto, hasta que de pronto me descubrí en el

centro de mi oficina haciendo los furiosos movimientos de quien apuñala a su peor enemigo, sin ningún puñal en mi mano, por supuesto, como un enloquecido hubiera pensado alguien que sin previo aviso y de golpe hubiera abierto la puerta de mi oficina, la cual por cierto estaba sin seguro, me daba cuenta ahora, consternado. Debo reconocer, sin embargo, que una vez de nuevo en mi silla, respirando acompasadamente para bajar mi agitación, sentí la placidez de quien se ha quitado un peso de encima, como si el panameño ya hubiera recibido realmente su castigo y por lo mismo yo podía largarme, que ni de broma iba a trabajar hasta que los dos mil quinientos dólares estuvieran en mi bolsillo, tal como hice, sin darle explicaciones a nadie, sólo tomé mi chaqueta, crucé el vestíbulo entre las dos secretarias, alcancé el enorme portón de madera y salí a la calle.

Durante unos segundos, antes de partir en estampida, disfruté de esa hora de la tarde, cuando el sol no había caído aún, frente a una luz transparente y con la brisa templada correteando entre las calles, de manera similar a mi propio correteo, que no era broma, caminaba a toda la velocidad que podían mis piernas, ahora en esta acera, luego en la de enfrente, cruzando intempestivamente a media manzana, no tanto para evitar que me siguieran, iluso hubiera sido con las calles atestadas de gente, sino para evitar la emboscada siempre temida, aquella en que dos pseudoladrones –en verdad especialistas de inteligencia del ejército– me arrinconarían a puñaladas para quitarme algo que no llevaba, para que los curas entendieran, al fin, yo era un extranjero cuya muerte en un asalto no tendría ningún costo. Evitar la emboscada siempre temida: con este incentivo salía cada vez a la calle, obsesionado, eléctrico, al igual que esa tarde en que no me pagaron mi adelanto y enfilé por la Octava Avenida, una cuadra apestosa a orines y a basura que separaba el palacio arzobispal del mercado central, un estercolero a espaldas de la catedral a través del cual avanzaba a trancos, oteando todo el tiempo –atrás, adelante y a los flancos–, como si detectar el rostro del asesino fuera a garantizar mi escape, un trecho en la acera congestionada por la gente y los vendedores ambulantes, otro trecho sobre el asfalto donde los viejos autobuses traqueteaban y abusaban del claxon, sin ceder en mi estampida, hasta que llegué a la Novena Calle y empecé a remontarla hacia el Pasaje Aycinena, mi destino improvisado, porque antes de ir a mi apartamento

quería tomar unas copas, distraerme, quizá reflexionar sobre lo que me estaba sucediendo, y el sitio que se me ocurrió fue un desastrado bar-café de nombre Las Mil Puertas, que por supuesto apenas tenía dos puertas, propiedad de comunistas reciclados pero sobre todo muy frecuentado por jovencuelas y jovencuelos con inclinaciones artísticas, bohemias, quizá rebeldes, en cualquier caso una atmósfera opuesta a la del palacio arzobispal, rica carne tierna y sin destazar para elevar mi ánimo, me dije una vez que estuve dentro, en la mesa del rincón, presto a pedir un agua mineral para apaciguar mi aliento, porque el agua natural, que es mi preferida, en ese lugar la sacaban del grifo, un hecho constatado en mis anteriores visitas, cuando también me había sentado en la mesa del rincón, donde las paredes estaban ensuciadas con horribles versos de mediocres poetas izquierdistas vendedores de esperanza, versos escritos sin ningún recato, con letras enormes y caligrafía carcelaria, pero en todo caso una mesa preferible a las ubicadas afuera, sobre el propio Pasaje Aycinena, una vía peatonal abandonada que conducía de la Novena Calle a los portales del Parque Central. Pedí, pues, un whisky con soda y me propuse sacar de mi cabeza las asociaciones mentales relacionadas con mi trabajo en el Arzobispado, tal como mi compadre Toto me había recomendado, y más bien fijarme en cada una de las chicas presentes en el bar-café, de las chicas guapas, claro está, que tampoco eran muchas pero sí suficientes como para distraer mi atención, una de ellas en especial, la flaca de mirada vivaz, cejas árabes y una risa coqueta en su timidez, cuyos rasgos avivaron mi imaginación a tal grado que pronto pude ver, en segundos, mientras me frotaba los ojos con las palmas de mis manos, el rostro de esa chica siendo poseída, penetrada, sacudida por mis embates rítmicos, y también pude ver su expresión de abandono en el momento del orgasmo y casi escuchar sus gemidos lastimeros, de gatita satisfecha, un ejercicio de fantasía que terminó de equilibrar mi ánimo y hasta generó una leve correntada en mi entrepierna, nada de que preocuparse, menos ahora que acababan de traerme el whisky con soda y luego de paladear el primer sorbo con un rico cosquilleo me sentí por fin en mi eje, tranquilo, capaz de observar el fluir de mis pensamientos aunque ajeno a ellos, sin identificarme con ellos, como si se tratara de la película mental de otro y yo la viera con cierta indiferencia, un estado de ánimo propicio para la paz del espíritu, pero que no

pude prolongar como hubiera deseado a causa del arribo de un grupo de individuos que en el acto identifiqué como pertenecientes a la oficina de la cual yo había salido en estampida y de la cual en este momento no quería recordar nada, una interrupción en verdad grosera pues no sólo me sacó abruptamente de mi estado de ánimo sino que me obligó a preguntarme qué carajos estaba haciendo yo con mi vida como para haberme comprometido en semejante empresa y tener que recorrer enloquecido una ciudad extranjera, que era lo que recién había hecho al dar un rodeo por la ruta más larga para, según yo, despistar a mis eventuales perseguidores, como si a fin de cuentas no hubiera venido a dar a este antro donde cualquier malnacido me tenía a su antojo. Pero no permitiría que ese grupo de los mal llamados veladores de los derechos humanos echara a perder mi whisky, me dije dándole otro sorbo, y enseguida extraje mi libreta de apuntes del bolsillo interior de mi chaqueta con el propósito de paladear con calma aquellas frases que me parecían estupendas literariamente, que jamás volvería a compartir con poetas insensibles como mi compadre Toto y que con suerte podría utilizar posteriormente en algún tipo de collage literario, pero que sobre todo me sorprendían por el uso de la repetición y del adverbio, como ésta que decía *Lo que pienso es que pienso yo...*, carajo, o esta otra, *Tanto en sufrimiento que hemos sufrido tanto con ellos...*, cuya musicalidad me dejó perplejo desde el primer momento, cuya calidad poética era demasiada como para no sospechar que procedía de un gran poeta y no de una anciana indígena que con ese verso finalizaba su desgarrador testimonio que ahora no viene al caso. Ambas frases deberían estar escritas en las paredes de este bar-café en vez de esos horripilantes versos de poetastros izquierdistas, pensé mientras guardaba mi libreta de apuntes, pedía la cuenta a la mesera y echaba una última ojeada a la chica de cejas árabes cuyo rostro había encendido mi imaginación. Al salir pasé junto a la mesa de los que ya eran mis compañeros de trabajo, pero a quienes me abstuve de saludar, aún molesto por su inoportuna aparición, y quienes tampoco me saludaron aunque hubo una que otra mirada de reconocimiento.

Cuatro

Bingo: por fin encontré una chica guapa. No era Demi Moore, debo aclarar, pero lucía entera, proporcionada, con un rostro fino y expresión saludable, sin ese resentimiento propio de las feas adalides de causas mesiánicas que pululaban en el Arzobispado, una chica nacida en Toledo, que había pasado la mayor parte de su vida en Madrid, en el barrio de Salamanca, no en cualquier chifurnia, que su padre era un prestigioso médico militar admirador y al servicio del generalísimo Franco, me contó ella, no al principio de nuestra charla, claro está, que nadie se presenta de esa manera, mucho menos en el patio del palacio arzobispal concurrido por los mal llamados veladores de los derechos humanos, donde ella leía y tomaba un poco de sol matutino, sentada en el borde de la fuente de piedra: ¡una aparición!, me dije, ¡padre eterno divino!, mientras caminaba por el corredor hacia la cocina en busca de un café, pero desviando en el acto mi ruta hacia aquella aparición, junto a la que me senté, presentándome, sin preámbulo, y enseguida le pregunté dónde había estado metida toda esa semana, cómo era posible que yo no la hubiera visto, que hasta ahora no supiera de su existencia. Me dijo que se llamaba Pilar, la muy Pilarica, psicóloga graduada en la Universidad Complutense, desde hacía cinco meses trabajaba bajo las órdenes de mi amigo Erick en el palacio arzobispal, pero también con las comunidades indígenas de Alta Verapaz, donde había permanecido la última semana, por eso no nos habíamos encontrado. Horas más tarde, a mediodía, cruzamos juntos el enorme portón de madera, en camino hacia el restaurante vegetariano ubicado frente al quiosco del Parque Central, conversando con tranquilidad, la primera vez que salía yo del palacio arzobispal acompañado y sin el diablo en los talones, una maravilla, desde el punto de vista que se viera, caminar departiendo plácidamente con una chica atractiva, extranjera y al parecer inteligente, que además trabajaba la mayor parte del tiempo a

pocos metros de mi oficina y con quien por tanto podría fácilmente intimar, demasiado como para ser cierto, como pronto yo descubriría, que no habíamos ni llegado al restaurante vegetariano cuando comencé a detectar ciertas expresiones que me hicieron sospechar que mi simpática acompañante pudiera ser una fanática de la sandez llamada corrección política, lo que me puso un tanto en guardia y enseguida me hizo pensar que el mismo hecho de que estuviéramos a punto de entrar a un restaurante vegetariano constituía un pésimo síntoma, dado que sólo una mente acostumbrada a las abstracciones absurdas y a las militancias de moda podía preferir esa comida insípida a un buen corte de carne tierna y jugosa, por lo que hasta entonces no me aventuré a preguntarle el motivo por el cual ella había escogido ese restaurante para nuestra primera comida, en espera de que adujera algún trastorno digestivo a causa de su estadía en tierras inhóspitas, pero no, tal como yo temía, una vez que estuvimos sentados, en aquel ambiente con cierto tufillo a secta que percibí de inmediato, Pilar inició su perorata en contra de la carne, que le parecía asquerosa y le causaba mucho daño, enumerando los diversos efectos nocivos y hasta mortales que la ingestión de carne producía, con un léxico y un énfasis propios de la hija de un médico militar franquista convertida en salvadora de indígenas, que eso hacía ella en sus viajes al interior del país, reunirse con las comunidades indígenas víctimas de las atrocidades militares para ayudarlas a superar sus traumas por la falta de duelo, me explicó, pues lo peor era que la ausencia de cadáveres por razones siniestras impedía que la gente cumpliera el ritual del duelo, a consecuencia de lo cual sufría trastornos de toda índole, algo con lo que yo ya estaba familiarizado, tal como le hice ver, de eso trataba el informe, tan familiarizado que procedí a sacar mi libreta de apuntes del bolsillo de mi americana de pana, para leerle unas estupendas frases sobre el tema que ella mencionaba, y la coloqué abierta sobre la mesa, junto a mi plato de sopa: *Mis hijos dicen: mamá, mi pobre papá dónde habrá quedado, tal vez pasa el sol sobre sus huesos, tal vez pasa la lluvia y el aire, ¿dónde estará? Como que fuera un animal mi pobre papá. Esto es el dolor...*, leí entre sorbos, y después busqué una frase que esa misma mañana me había electrizado: *Los cerdos lo están comiendo, están repasando sus huesos...*, pronuncié al tiempo que alcanzaba mi vaso de fresco de arrayán, que en ese restaurante no vendían cervezas, con el propósito de beber un trago que

refrescara mi garganta para continuar con la lectura de la frase *Quiero ver al menos los huesos*, pero en ese instante me percaté de que Pilar no estaba disfrutando de mis frases, la expresión estupefacta de su rostro lo decía, y su inmovilidad también, por lo que decidí cerrar mi libreta, no sin antes leer, para mí mismo tan sólo, la última de las frases que me hubiera gustado compartir con ella y que decía: *Cuando los cadáveres se quemaron, todos dieron un aplauso y empezaron a comer...*

Quiso mi suerte que la siguiente tarde después de la jornada de trabajo saliera con Pilar a tomar unas cervezas –por gracia de Dios ella no era abstemia–, a un bar llamado La Bodeguita de Enfrente, nombre por demás extraño, ya que enfrente de ese bar no había más que una barbería, pero en fin se trataba de una enorme bodega, cuyas paredes estaban decoradas con centenares de afiches con motivos revolucionarios y en las noches ofrecía música en vivo, ya sea los lamentos de imitadores de la mal llamada «Nueva Trova Cubana» o ritmos bailables ejecutados por imitadores del grupo Gipsy Kings, pero cuando arribamos con Pilar aún era temprano, en pocas mesas había comensales y tuvimos las mejores condiciones para conversar al calor de las cervezas, incluso le revelé aspectos de mi vida, vicio al que no soy adicto, como el hecho de que un mes atrás me había visto obligado a abandonar mi país, por culpa de un artículo en el que sostuve que El Salvador era el primer país latinoamericano que contaba con un presidente africano, comentario calificado de «racista» que me granjeó la animadversión de medio país, en especial de los poderosos y de los empleadores, pese a la aclaración de que yo no me había referido al hecho, por lo demás verificable, de que el presidente pareciera un negrito africano, que el color de la piel nada importa, sino a su actitud dictatorial y a su negativa a escuchar las opiniones de quien no opinara como él, le expliqué a Pilar, de ahí que un mes atrás me viera obligado a emigrar a este país, vecino del mío, y a aceptar la oferta de mi amigo Erick de editar el informe que ella ya conocía y para el cual también estaba trabajando. «¿Y cómo conociste a Erick?», preguntó, como si se tratara de mi confesión y no de una conversación liviana al calor de las cervezas, por lo que luego de soltarle la generalidad de que ambos habíamos coincidido en México durante mi exilio y sus estudios de posgrado pasé a la ofensiva, que quien tenía que soltar la boca era ella, vamos, y le pregunté a

mansalva si su novio también trabajaba en el Arzobispado, sin otro propósito que descolocarla y sin imaginar que ésa era su herida gangrenosa, como pronto comprobé, porque lo que en un principio fue una expresión demudada, se transformó en la contracción del llanto, caramba, la incomodidad absoluta, un espécimen llorando a causa –estaba seguro yo– del mal llamado amor y que a continuación encontraría en mí al oyente cautivo para borbotar, aún sorbiendo mocos, su drama: el chico se llamaba Humberto, también trabajaba en el Arzobispado cuando se conocieron, ¿quién me lo había contado?, pero tres semanas atrás él había viajado al País Vasco, donde estudiaría una maestría en Ciencias Políticas, lo que de ninguna manera explicaba su llanto, le hice ver, tajante, que nadie en sus cabales llora porque el amante se haya ido de viaje, a menos que se haya ido con otra persona y que se meta en la cama con esa persona, dije, fastidiado, porque el peor fastidio es una mujer llorona, y ésta moqueó entonces con mayor virulencia, exigiéndome que le revelara quién me había contado su drama, como si se necesitara la lengua de un chismoso para enterarse de lo que el sentido común decía, le expliqué, ya evidentemente incómodo, con el mesero fisgoneando desde la barra, ¡que no queremos otra cerveza, contrahecho!, me hubiera gustado gritarle, pero en ese momento Pilar comenzó a gemir fuera de todo control que él la había engañado desde el principio de la relación, pero ella sólo se había dado cuenta cuando Itzel, la rival vencedora y por supuesto compañera de trabajo, viajó también hacia el País Vasco, apenas una semana después de Humberto, sin ningún motivo ni explicación, dijo aún sorbiendo mocos, a lo que yo respondí que el motivo iba entre las piernas de Humberto, con el gesto de un experto en relaciones de pareja, y luego le ofrecí mi mejor homilía: es distintivo de las personas inteligentes dar gracias cuando pueden deshacerse sin ningún esfuerzo de un cónyuge traidor y deleznable, habida cuenta de que enseguida y sin mayor problema quedan a disposición para iniciar una nueva aventura que les permita entregarse como nunca lo hicieron con el traidor que tampoco lo merecía. Y le sonreí, para que terminara de entender. Pero la Pilarica volvió a las andadas, con un llanto ya francamente grosero, irrespetuoso hacia mi persona, que sólo quería beber unas cervezas y tantear la posibilidad de seducir a una chica que parecía guapa e inteligente, craso error, que la guapura con mocos no cuaja ni la inteligencia con llanto, por lo

que le hice una señal al contrahecho para que trajera otras dos cervezas, dispuesto a ponerme de pie tal como mi vejiga lo exigía, pero en ese momento ella en un exabrupto mascullo que lo que más le dolía era que le había entregado mil dólares como préstamo amoroso a su querido Humberto y éste raudamente los había ocupado para pagar el boleto aéreo de la tal Itzel. ¡Carajo! –le espeté al contrahecho, quien temeroso puso las cervezas sobre la mesa–, ¿ha escuchado usted?, esta niña le paga los viajes a la amante de su novio, ¡quién tuviera una novia así...! La víctima de su propia estupidez pronto dejó de llorar, rígida en su silla, como si hubiera despertado de un sueño, asombrada, incluso con ganas de indignarse, me pareció, por lo que alcé mi cerveza y dije salud, no precisamente pensando en ella sino en Humberto, un chico a todas luces listo y con futuro, y también en Itzel, cuya absoluta falta de escrúpulos había encendido mi imaginación, por lo que le pregunté a Pilar qué tipo de animal era esa chica que con su dinero le había birlado a su novio, un plan tan perfecto, reconocí, que sólo podía haber sido concebido por una mujer, pero mi acompañante seria e indignada no dijo palabra. Me encontré de momento en una situación incómoda, ya que nada me repugna tanto como una mujer que llora a causa de su propia estupidez y que además busca mi conmiseración, pero al mismo tiempo nada excita tanto mi fantasía como la posibilidad de fornicar con una chica guapa y recién abandonada a causa de su propia estupidez con la cual podría ensañarme gratamente durante el ejercicio amatorio, de ahí que no supiera si decirle a Pilar que diéramos por terminada nuestra velada lagrimosa y procediéramos a pagar cada cual las cervezas que había bebido, o por el contrario, activar mis artilugios de seducción para seguir adelante. Mi agudo sentido de la intuición me dijo que ella padecía una situación semejante, ya que por un lado estaba muy molesta porque yo me había burlado de su estupidez, y en especial frente al contrahecho, pero por el otro necesitaba compañía y quizá no quisiera regresar tan pronto a su casa a sumergirse en las pantanosas aguas de la mortificación. Por suerte en ese instante aterrizaron en nuestra mesa dos chicos entusiastas que trabajaban en el Arzobispado, al parecer muy amigos de Pilar, a quienes yo únicamente conocía de vista y que con la mayor naturalidad tomaron asiento, pidieron sendas cervezas y lograron desenredar el nudo que había entrampado nuestra velada, lo que interpreté como una

señal del cielo en el sentido de que debía persistir con Pilar porque un buen polvo, de ser posible, relajaría mis nervios y gratificaría mis sentidos luego de una semana de permanecer encerrado leyendo sólo sobre cadáveres y torturas.

Cuando pasadas las once de la noche abordamos el taxi que nos conduciría al apartamento de Pilar, yo ya estaba indigesto a causa de las dos horas en que tuve que tragar una tras otra canción de la tan cacareada «Nueva Trova Cubana», entonadas por un primate de rizos colgantes que hizo de Pilar la corista por excelencia, que la toledana se desgañitaba como si de esa forma fuera a recuperar los mil dólares y el novio perdidos, mientras yo engullía mis cervezas un poco irritado ya, aunque me cuidaba muy bien de que no se me notara, hasta que por fin terminó la tanda del primate de rizos colgantes, Pilar vio su reloj con un respingo y dijo que al siguiente día había que trabajar, con el gesto de la maestra de escuela que reprende a sus pequeñuelos, poniéndose de pie y llamando al mesero para que nos trajera la cuenta, lo que me sorprendió positivamente, dada la cantidad de cervezas que ella había ingerido y la torcedura en su mirada, yo supuse que me tocaría sacarla en vilo de la tal Bodeguita de Enfrente, cosa que no sucedió, sino que ambos abordamos el taxi que supuestamente nos conduciría primero a su apartamento, donde ella bajaría, y luego al mío, donde yo bajaría, cosa que tampoco sucedió, porque una vez que llegamos a su apartamento yo también me quedé con el argumento de que aprovecharía para conocerlo y beber la última cerveza, con el consentimiento de ella, claro está, no hubiera podido ser de otra forma. Olvidé decir que Pilar era una castellana típica: culona, delgada, de busto más bien pequeño, cejas pobladas, la nariz respingona, el hablar gangoso y atropellado, con un faldón a cuadros subía las escaleras que conducían al segundo piso donde estaba su apartamento, seguida por mis ojos engolosinados con su trasero bamboleante que tuve ganas de pellizcárselo, pero la confianza no era tanta, pese a los coqueteos en La Bodeguita de Enfrente y a una que otra rozadura, esperé hasta que estuvimos en la cocina, luego que ella sacara sendas cervezas del frigorífico, para embestir como Dios manda, mi boca en su boca poco abierta para mi gusto, mis manos acariciando su nuca, su espalda y enseguida duro que aprieta sus ricas nalgas, las cuales pronto tendrían que ser carne para mi mordisqueo, según yo

deseaba, a medida que la iba conduciendo, sin soltarnos las bocas ni mis manos sus nalgas, hacia el sofá de la sala, donde caímos horizontales y yo procedí, como la lógica lo indicaba, a sobar sus pequeños pechos y luego, con un audaz movimiento, mi palma estuvo en su pubis y el cordial se deslizó en su humedad, algo tan natural que su reacción me dejó anonadado, porque de súbito ella fue una quinceañera virgen a quien le dicen que el lobo ha llegado disfrazado de verga, por Dios, me hizo a un lado y se retrajo, diciendo «no puedo», con dos mil años de culpa secándole el coño, repitiéndose «no puedo», para convencerse, en el rostro la mueca de dolor, que lo de Humberto estaba tan fresco que ella era incapaz de hacer el amor con otro hombre, que la perdonara, que la comprendiera, no tenía que ver conmigo, hasta que ella no superara lo sucedido con Humberto no sería capaz de estar con otro, insistía, aunque yo le gustara y se sintiera bien conmigo, no podía. Y entonces toda la pereza del mundo cayó sobre mis hombros, porque me había metido al cine equivocado a ver una vieja y aburrida película que ya podía contar con los ojos cerrados de tantas veces vista, una pereza tan grande y paralizadora que ni siquiera tuve arrestos para ponerme de pie y salir en busca de un taxi, lo que debí haber hecho, sino que me arrellané en un sillón, frente a ella, aferrado a mi cerveza, y con resignación volví a presenciar el drama de la Pilarica, el chico listo y la pérfida compañera de empleo, con la letanía del amor propio hecho pedazos, el llanto y los mocos de rigor, hasta que no tuve más alternativa que volver al sofá donde ella gemía, a compadecerla, a permitirle que llorara en mi hombro mientras yo olfateaba su cabello porque usaba un champú desconocido, fuerte el olor, a decir verdad, casi desagradable, y al consolarla palpé la suavidad de la piel de sus brazos y poco a poco fui maniobrando de nuevo, con cierta expectativa, a ver si con una segunda embestida lograba vencer sus defensas. El beso fue más prolongado, debo reconocerlo, incluso pude hacerle abrir la boca tal como a mí me gusta, también mi mano alzó su faldón a cuadros y acarició sus muslos, con largueza, disfrutando de sus vellos un tanto gruesos para mi gusto, pero en el momento en que me acercaba a su coño, rondándolo, ella retiraba mi mano, susurraba «no», pero sin rechazarme, como si yo me fuera a pasar la noche besándola y calentándome, por lo que decidí hacer un movimiento radical y me bajé, para comérmela y de una buena vez meterle el

cordial en el culo, carajo, que ya los huevos me hervían, pero ella se incorporó de súbito, la señorita avergonzada al otro lado del sillón, que mejor lo dejáramos, dijo, severa pero sin reproche. Me voy, dije. Entonces ella se ablandó, pero no en el sentido en que yo deseaba, sino que dijo «no te vayas, no quiero quedarme sola», necesitaba compañía, la chica con quien compartía apartamento no estaba, otra española del Arzobispado en gira por dominios indígenas, y yo podía quedarme en la habitación de ésta, en vez de arriesgarme a salir a la calle tan tarde en la noche, dijo, poniéndose de pie y tomando mi mano para que la acompañara a las habitaciones, gesto al que accedí porque la tercera era la vencida, y en su cama, mejor, que no estaba en mis planes irme mordido, dicho sea de paso, por eso apenas reparé en la habitación de Fátima, así se llamaba su compañera de apartamento, y más bien acompañé a Pilar a su guarida, donde la cama me pareció lo suficientemente ancha como para que retozáramos a gusto, el escritorio demasiado chico y los títulos de su librero realmente espeluznantes, tal como se lo hice saber cuando ella se encaminaba al baño, a prepararse para la cama, como muy bien supuse, y mientras esperaba a que Pilar saliera con su *baby doll* corto y transparente, lo más sexy, me dediqué a fisgonear entre sus pertenencias, a vuelo de pájaro, pero en verdad atento a que la toledana me diera un grato deleite, por eso cuando la vi salir con aquel pijama franquista utilizado en conventos de época pretérita para que las novicias ni siquiera pudieran meter sus manos en sus partes pudendas, mi sorpresa fue absoluta, sólo pude exclamar ¡¿y eso?!, que nunca había visto yo semejante prenda seguramente heredada de su madre y entregada a ésta por una estricta madre superiora, un pijama que en verdad era un traje de astronauta, sólo faltaba la escafandra, pensé, aún asombrado, hasta le pregunté si debajo de ese traje de astronauta no se había puesto también un cinturón de castidad, pues jamás en mi vida había visto uno, que me dejara verlo, le rogué, pero en vez de darme respuesta alguna se metió bajo las cobijas, dijo que estaba muerta de cansancio y me pidió que por favor apagara la luz.

Cinco

Desperté yo aquella mañana sin imaginar la canallada que me esperaba. Permanecí plácidamente varios minutos bajo las sábanas, en mi apartamento del edificio Engels, arrullándome, recibiendo en mis manos ahuecadas el calor de los testículos, feliz al recordar que ése era un viernes, escuchando la vocinglería de los vendedores del comercio informal que desde esa temprana hora matutina subía ya hasta mi quinto piso, porque mi apartamento de techos altos y amplios ventanales estaba ubicado en la esquina de la Sexta Avenida y la Once Calle, el corazón mismo de la ciudad, como comprobé una vez más esa mañana al correr las cortinas y contemplar la luz sobre los techos y entre los edificios, que por suerte eran pocos en mi perímetro visual inmediato; un apartamento amueblado, con servicio de limpieza, de lavandería y de cambio de sábanas y toallas como si fuese hotel, en el que me había instalado casi desde mi arribo a esta ciudad, y cuya renta de cuatrocientos dólares mensuales no se me hacía tan cara dada su ubicación privilegiada que me permitía caminar las seis cuadras que me separaban del Arzobispado y tener mis bares favoritos también a mano, y dada la muy buena seguridad gracias a la existencia de vigilante y portero las veinticuatro horas del día. Ya acicalado, luego de comer mi yogurt con cereal, la salud es lo primero, eché doble llave a la puerta, recorrí el pasillo hacia el elevador, marqué planta baja, salí al vestíbulo, donde dije buenos días a la administradora y al portero, y enseguida estuve en la calle, atento a los transeúntes, bajando por la Once Calle rumbo a la Octava Avenida, con destino al café León, donde podía beber el mejor café de la ciudad y leer los periódicos tranquilamente, tal como hacía de lunes a viernes, antes de enfilarse hacia la oficina, me sentaba a la barra y le pedía al gallego un cortadito y un par de churros y tomaba aquel periódico que estuviera desocupado, que esa mañana de viernes resultó ser un periodicucho llamado *Siglo XX*, el cual fui leyendo sin encontrar nada que me

sorprendiera hasta que llegué a la columna de Polo Rosas, en la que de pronto me vi mencionado de manera ignominiosa, el escritorzuelo ese a quien yo había visto un par de veces en mi vida durante mi estadía en México afirmaba en la columna de marras que yo le había contado que fulanito me había contado que zutanito se había opuesto a que al tal Polo Rosas le otorgaran un premio de novela una década atrás, lo cual por supuesto me dejó boquiabierto no sólo por la falsedad de la información sino porque toda ella era traída de los pelos para sugerir que yo era un soplón, lo cual hubiera sido apenas un chisme intrascendente de no haberme encontrado realizando en ese momento un delicado trabajo en el que se demostraba y documentaba el genocidio perpetrado por el ejército de ese país contra la población indígena desarmada, de suerte que casi me atraganté con el cortadito y ni ganas tuve de probar los churros cuando comprendí que ése era un mensaje clarísimo del Estado Mayor Presidencial para decirme que ellos sabían que yo estaba en esa ciudad metido en lo que estaba metido, cosa que tampoco era una sorpresa, habida cuenta de los excelentes servicios de inteligencia del ejército, lo inaudito era que utilizaran a un escritorzuelo con fama de izquierdista rebelde para enviarme dicho mensaje, y para enviárselo a los curas también, con el propósito de que desconfiaran de mi persona y de mi trabajo pues el tal Polo Rosas insinuaba que yo era un soplón, comprendí entonces, lo cual por supuesto me perturbó en extremo, que casi me puse a gritar y a manotear en la barra del café León porque esa difamación acuchillaba arteramente mi amor propio y al mismo tiempo desencadenaba mi paranoia al grado que ya no quise otro cortadito ni pude terminar los churros, sino que pagué y partí hacia el Arzobispado atragantado por la rabia, seguro de que mi amigo Erick y el chiquitín de nombre Mynor ya habrían leído la columna de marras y tendrían más información al respecto. Pero ni uno ni otro estaban en sus oficinas cuando a mí me urgía comentar con alguien la canallada del tal Polo Rosas, no sólo para desahogar la estocada a mi amor propio, lo más mortificante, sino también para analizar qué significaba esa maniobra y cuáles medidas había que tomar para contrarrestarla, por lo que me encerré en mi oficina y llamé por teléfono a mi compadre Toto, al fin agricultor y poeta y por esto último conocedor de la fauna literaria local, a quien le propuse que nos echáramos unas cervezas hacia el mediodía, a las once, para ser preciso,

en el lugar de siempre, que yo padecía una resaca matadora, mentí, sin mencionar en ningún momento la canallada de Polo Rosas para no darles el gusto de saber hasta dónde me había afectado la estocada a los escuchas militares que grababan cuanta llamada telefónica entraba y salía del Arzobispado. Debo reconocer que desde las ocho y media de la mañana, hora en que crucé enardecido y con mi espíritu emponzoñado el enorme portón de madera, hasta las diez y cuarenta y cinco minutos, cuando lo volví a cruzar para dirigirme hacia El Portalito, no pude concentrarme en la corrección de las mil cien cuartillas del informe, me la pasé maquinando una y otra opción para responder a la alevosa columna del escritorzuelo que yo había visto sólo dos veces en mi vida y de quien no recordaba más que su calva, la impertinencia y el resentimiento que blandió una vez que ingirió la primera copa, ninguna otra cosa, sólo la calva con unos mechones canosos en su circunferencia que por una muy explicable asociación de pensamientos en esas circunstancias me hizo quedarme repitiendo como poseso una frase escrita en la cuartilla desplegada sobre mi escritorio, que yo pronto transcribí a mi libreta de apuntes y que decía: *Allá en el Izote estaban los sesos tirados, como a puro leño se los sacaron*, la cual repetí cada vez con mayor furia hasta que vi el esplendoroso leño haciendo volar por los aires los pedazos de mechones canosos untados de sesos, pero tampoco pude avanzar un ápice en esas tres horas porque ni mi amigo Erick ni el chiquitín del bigotito mexicano llegarían al Arzobispado durante la mañana, tal como una de las secretarias me informó, pues estarían fuera en una importante reunión, en la parroquia de monseñor, hasta donde pude sonsacarle, lo que disparó mi paranoia y me hizo temer que la calumnia del periodicucho fuera motivo de agenda. Muy bien supuse que mi compadre Toto no había leído aún la columna de marras, como me confesó cuando lo encontré apostado en la mesa del rincón, había llegado antes que yo porque él en verdad padecía una resaca espantosa: «Yo no leo esas mierdas», dijo sin darle mayor importancia al caso y criticándome por el hecho de que yo perdiera el tiempo y aun me preocupara por lo que escribiera un casateniente que todo el mundo sabía que era oreja del G-2, o sea de la mal llamada inteligencia militar, tal como yo correctamente inferí, porque el tal Polo Rosas no era en sentido estricto un novelista sino un dueño de casas de alquiler en distintos barrios de la ciudad, cuyo representante legal

y cobrador era un abogado también al servicio de los militares, dijo mi compadre Toto en una cantina aún a medio despertar, a Dios gracias sin marimba y donde éramos los únicos comensales aparte de una pareja apoltronada en la barra, eso explicaba que las novelas publicadas por el viejito calvo trataran exclusivamente sobre desertores y delatores de la guerrilla, y algo todavía peor, así se entendía que dicho sujeto en dos ocasiones ingresara a grupos guerrilleros izquierdistas y que lograra salir indemne cuando la mayoría de sus compañeros era asesinada, dijo mi compadre Toto, sin darle mayor importancia, como si se refiriera a un *office boy* que robara papel de la fotocopidora y no a un difamador que, a la luz de las revelaciones recién escuchadas, adquiriría un cariz siniestro, le reclamé con la paranoia otra vez disparada, ante lo que el poeta y agricultor sentenció: «Dejate de culeradas, cuando los chafas te quieran enviar un mensaje, mínimo te van a pegar un trabón», lo cual era precisamente lo que yo más temía, la cuchillada arterial en plena calle, y enseguida dijo que para darme ese trabón no necesitaban de un viejito calvo y enfermo de la próstata que seguramente con su columna periodística sólo buscó fastidiarme, tal como lo había logrado. Nada pude responder al razonamiento de mi compadre Toto porque entonces vimos caminar junto a la barra rumbo hacia nuestra mesa a Chucky, el Muñeco Asesino, un chaparro fornido lo más parecido a un bulldog de ojos claros, a quien sus subalternos, incluido mi compadre Toto, apodaban cariñosamente con el nombre de ese personaje de película, Chucky, el Muñeco Asesino, tanto por su apariencia como por el hecho de que en sus tiempos mozos se había caracterizado por protagonizar todo tipo de peligrosas aventuras en las que arriesgó su vida y cobró vidas ajenas, aunque ya fuese el respetable director de la ONG dedicada a la promoción del poder municipal en la que mi compadre Toto se desempeñaba como encargado de prensa, vidas como las de los cuatro soldados que quisieron capturarlo diecisiete años atrás, cuando él era un audaz comando urbano de la guerrilla izquierdista y junto a su principal camarada de armas fue sorprendido por los soldados, quienes los creyeron dominados una vez que les ataron las muñecas y los subieron a la parte trasera del jeep, sin prever que Chucky y su camarada contraatacarían con tal contundencia que los cuatro soldados ocupantes del jeep resultaron muertos en tanto que Chucky sólo perdió los

dedos meñique y anular de su mano derecha, una aventura que yo había escuchado muchas veces en boca tanto de mi compadre Toto como del propio héroe, quien ya con las copas entre pecho y espalda blandía esos sendos muñones que yo percibí durante el apretón de manos, luego de que él nos saludara con el típico «Qué pasó, maricones» y antes de que se sentara y aplaudiera sonoramente como si fuese el dueño de la cantina para que la mesera corriese a tomar su orden. Y entonces Chucky soltó la buena nueva de la mañana: que una hora atrás el candidato presidencial del principal partido de oposición se había salvado de milagro de un atentado allá por la Zona 9. «No jodás», exclamó mi compadre Toto, quien pese a ser el encargado de prensa de la ONG no había leído la columna en mi contra ni se había enterado del atentado, mientras que su jefe sí estaba al tanto de ambos hechos, tal como posteriormente descubrí, cuando me dijo que Polo Rosas era un viejo mierda y envidioso porque nadie jamás le tendría la confianza para encomendarle una tarea delicada como la que yo estaba realizando, gracias a lo cual de inmediato Chucky se convirtió para mí de un matón simpático en un tipo inteligente y agudo, apreciación que se vio reforzada cuando relató con el máximo colorido la vez en que los comandos urbanos bajo sus órdenes, quince años atrás, habían atacado también al candidato presidencial del principal partido de oposición, la democracia cristiana, con la diferencia de que entonces fue por equivocación, dijo Chucky sin poder contener la risa: de una mansión fortificada y con decenas de guardaespaldas salían carros todoterreno con los cristales polarizados como si fuese un centro de operaciones de los escuadrones de la muerte de la derecha, por lo que con las urgencias de la época y sin investigar decidió lanzar un ataque –respuesta inmediata a una agresión perpetrada por los escuadrones contra la imprenta de la universidad– que consistió en un ametrallamiento y lanzamiento de granadas contra un auto que salía de la casa, luego de lo cual los comandos se retiraron sin mayor problema, con la novedad de que al escuchar la radio se enteraron de que acababan de atacar una residencia de Vinicio Cerezo, candidato democristiano y posteriormente presidente de la República, quien por suerte había salido ileso, no iba en el auto ametrallado, y responsabilizó a los escuadrones derechistas por el atentado, dijo Chucky con una carcajada coqueta, porque en ese instante la mesera, a quien él en todo momento

llamaba «mi amor», le había traído un platillo con tostaditas untadas de frijol, y el muy guapo, bulldog de ojos claros, quizá conquistaría a esta gorda, para lo que requería algo más que audacia y valor, y seguiría contando anécdotas que me distrajeran lo suficiente como para salir del estado de perturbación que me había producido la columna del alevoso escritorzuelo calvo y oreja.

La tarde de ese mismo día estuve por primera vez con monseñor en una breve reunión, en mi propia oficina, que en verdad era su oficina, donde el gran capo entró acompañado del chiquitín del bigotito mexicano para conocerme e indagar sobre los avances del informe, un hombre alto y fornido, con ese porte que impone respeto, propio de los padrinos de la *Cosa Nostra*, y también de los altos dignatarios eclesiásticos del Vaticano, comprendí yo en ese momento, que este monseñor descendiente de italianos bien podía interpretar el papel de Marlon Brando en *El padrino*, quizá con mayor pertinencia, lo que me impresionó positivamente, habida cuenta de que mi imagen de los curas, procedente de mis años de primaria en un colegio salesiano, era la de unos maricones, cuervos en sotana y de mirada perversa, la cual no se correspondía para nada con la imponencia de este hombre silencioso que apenas preguntaba y más bien fijó su mirada inquisidora en los gestos de mis manos, algo que nunca me había sucedido, sentirme descubierto por el movimiento de mis manos, caramba, como si de pronto estuviese confesando todos mis pecados con el movimiento de mis manos. Le expliqué que el informe podía dividirse en cuatro tomos, los dos primeros con el grueso de las consecuencias de las masacres en la población, el tercero con el contexto histórico y el cuarto con las listas de masacres y de víctimas, que de esa forma las mil cien cuartillas serían más manejables para el lector, precisé, y aunque yo a esas alturas había leído con detenimiento hasta la mitad del segundo tomo, podía asegurarle que se trataba de un texto de calidad, dije como si el purpurado no hubiera revisado mucho antes que yo todo lo que cayera sobre mi escritorio –y en ese instante me incomodó su atención a la gestualidad de mis manos, por lo que crucé mis brazos sobre el pecho–, un texto preciso en el análisis y con unos testimonios conmovedores, alucinantes, en especial ese lenguaje de una riqueza expresiva digna de la mejor literatura, exclamé y a punto estuve de echar mano a mi libreta de apuntes para deleitar el oído de monseñor y del chiquitín de nombre Mynor

con las frases sonoras que tanto me entusiasmaban, pero en el acto recapacité que ellos podían pensar que en mi libreta yo estaba extrayendo sin autorización datos que claramente habíamos convenido que yo no sacaría de esa oficina, de ahí que recurriera a las cuartillas del informe que estaban sobre mi escritorio y leí el primer subrayado que encontré y que decía: *Hasta a veces no sé cómo me nace el rencor y contra quién desquitarme a veces...* Monseñor se me quedó viendo con una mirada indescifrable tras sus gafas de cristales ahumados y montura de carey, una mirada que me hizo temer que él me considerara un literato alucinado en busca de versos allí donde lo que había era una brutal denuncia de los crímenes de lesa humanidad perpetrados por el ejército contra las comunidades indígenas de su país, que él pensara que yo era un mero estilista que pasaba por alto el contenido del informe, por lo que me abstuve de leer cualquier otra frase y más bien comencé a hablar de la estructura y del capitulado, del enfoque psicosocial y de la clasificación de las afecciones mentales de las víctimas, sin que el padrino cambiara su mirada indescifrable ni dijera palabra, lo cual me puso extremadamente nervioso, como se comprenderá, que a nadie le gusta tener enfrente a un cura inquisidor que escucha como si uno tuviera que hacer una confesión vergonzosa, así me sentía, y de seguro habría revelado mi frustración porque la única chica guapa que había encontrado en ese palacio arzobispal se negara a prestarme su espléndido culo, si el chiquitín llamado Mynor no hubiera mencionado el hecho de que ambos tenían que recibir a una importante delegación de un organismo internacional dentro de pocos minutos, una especie de campanillazo que me salvó de caer en la inevitable confesión y que también me impidió hablar con el chiquitín sobre las implicaciones de la canallada en mi contra publicada esa mañana en el periodicucho *Siglo XX*.

Seis

Ese domingo me quedé en cama hasta las diez de la mañana, por momentos dormitando, fantaseando a veces con Pilar, sin lograr la concentración necesaria para una buena paja, porque de pronto se infiltraba en mi mente el nombre de Itzel, un nombre sin rostro pero que a través de raros vericuetos mentales despertaba mi morbo, y enseguida el nombre de Fátima, la compañera de apartamento de la toledana, a quien recién conocería este mediodía, cuando los tres nos encontraríamos a comer unos ceviches con cerveza, tal como habíamos acordado con Pilar desde el viernes, cuando la vi hacia el final de la tarde en el patio del palacio arzobispal y le comenté mi breve reunión con monseñor, aún impresionado por el hecho de que el gran capo se fijara de semejante manera en el movimiento de mis manos y también por la lectura de un testimonio que me pareció el argumento de una novela en alguna parte leída y que esta mañana de domingo retornó a mi memoria con ganas de que yo me montara en él sin ponerle cortapisas a mi imaginación, que en realidad no había tal novela sino las ganas de hacerla, de trastornar la tragedia, de convertirme en el alma en pena del registrador civil de un pueblo llamado Totoncapán, de un imbécil que con su necedad propició que le cortaran con machete todos y cada uno de los dedos de sus manos, rebanadas vio caer sus falanges una a una mientras los soldados lo tenían tendido en el suelo luego de quebrarle a culatazos quién sabe cuántos huesos para que aprendiera a no llevárselas de listo, que el celo en el trabajo tenía un límite y ese límite era la autoridad del teniente que ahora blandía el machete para dejar caer un solo y contundente golpe que partió longitudinalmente la cabeza del registrador civil de Totoncapán, como si hubiese sido un coco y estuviesen en la playa, y no en la maltrecha sala de la casa del registrador civil salpicada por la sangre y los sesos del susodicho, quien se había negado una y otra vez al requerimiento del teniente de que le entregara el libro de

registro de los difuntos del pueblo, vaya usted a saber el porqué de tanta necesidad, cuando el teniente necesitaba con urgencia la lista de los difuntos del pueblo de los últimos diez años para revivirlos y que pudieran votar a favor del partido del general Ríos Montt, el criminal que se había hecho del poder a través de un golpe de Estado y ahora necesitaba legitimarse gracias al voto de los vivos y también de los muertos, para que no hubiera margen de duda, algo que el registrador civil de Totonicapán nunca entendió, ni cuando el contingente militar irrumpió en su casa y él supo que su suerte estaba echada, ni siquiera cuando sentía los golpes filosos que rebanaban sus falanges aceptó que tal libro estuviera en sus manos que estaban siendo cercenadas, aunque el libro sí existiera y él lo tuviera escondido debajo de unos troncos en el patio de su casa, según mi versión, porque el testimonio no daba tantos detalles, prefirió morir antes que entregar el libro al teniente de la guarnición local, que de eso trataría la novela precisamente, de las razones por las cuales el registrador civil de Totonicapán había preferido ser torturado y asesinado antes que entregar el libro de difuntos a sus verdugos, la novela que comenzaría en el preciso instante en que el teniente, con un golpe de machete, revienta la cabeza del registrador civil como si fuese un coco al que se le sacará la apetitosa carne blanca y pulposa, y no los sesos palpitantes y sangrientos, que también pueden resultar apetitosos para ciertos paladares, debo reconocerlo sin prejuicio, y a partir de ese golpe el alma en pena del registrador civil contaría su historia, en todo momento con las palmas de sus manos sin dedos apretando las dos mitades de su cabeza para mantener los sesos en su sitio, que el realismo mágico no me es por completo ajeno. El relato comenzaría con la explicación de que el alma del registrador permanecerá en pena hasta que alguien lo inscriba en el libro de los difuntos, lo cual resultará muy difícil dada la circunstancia de que sólo él sabe dónde lo ha escondido, de ahí que el argumento giraría en torno a los esfuerzos del alma en pena del registrador civil para comunicarse con sus amigos a fin de que lo inscriban en el libro de difuntos sin que se enteren los militares, y de paso revelaría la historia y el significado de ese libro que por generaciones estuvo en manos de su familia, un hijo y nieto de registradores civiles celoso de su oficio, pues, una trama de suspense y de aventuras que yo tendría que haber comenzado a hilvanar esa mañana de domingo, cuando aún yacía tirado

bajo las sábanas con mis pensamientos jugando un ping-pong desordenado, si yo hubiera sido entonces un novelista, claro está, y no el corrector de barbaridades que soñaba con ser quien no era.

Debo detener esta estupidez, me dije, haciendo a un lado las sábanas y saltando de la cama, enérgico, en ruta hacia el baño para tomar una ducha, dispuesto a controlar de una vez por todas el vaivén despótico de mis fantasías, firme en mi propósito de no hacerme una paja que dilapidara mi energía mental, de no divagar sobre un testimonio cualquiera que jamás convertiría en novela, porque a nadie en su sano juicio le podría interesar ni escribir ni publicar ni leer otra novela más sobre indígenas asesinados, y era el colmo que en mis días de descanso siguiera con la misma cuerda que en el palacio arzobispal, como si me pagaran por emponzoñar mi tiempo libre, me recriminé, mientras esperaba que el agua que caía de la ducha empezara a calentarse, con la ilusión de que Fátima fuera guapa como Pilar pero sin esas telarañas emocionales dejadas por amores despechados, que ya tenía mes y medio sin echar un polvo, desde que arribé a esta ciudad era víctima de la castidad como si me estuviese preparando para tomar los hábitos, pensé ya bajo el chorro de agua caliente y reconfortante, enjabonándome las ingles y los huevos, jalándome la verga pero con mi mente puesta en el escrutinio de mi guardarropa, que me proponía llegar guapo y sport para que las chicas suspiraran, por lo que escogí un polo coqueto, color salmón, los pantalones de mezclilla azul deslavada y los mocasines de piel marrón. Calzándome estaba cuando, de pronto, tronaron cinco disparos abajo en la calle, cinco sorprendidos y estruendosos disparos que yo conté a partir del primero y supuse de una pistola calibre nueve milímetros, cinco y no seis como sostuvo posteriormente el portero del edificio, con una necedad propia del estúpido que no pone atención y sólo se asusta, porque él tuvo que entrar en estampida de la acera al interior del edificio para guarecerse en tanto que yo, de un brinco, estuve en la ventana de mi quinto piso fisgoneando, olfateando el dejo a pólvora que subía desde la calle, excitado por descubrir el origen de hecho tan insólito, que en mes y medio en ese céntrico apartamento era el primer tiroteo que escuchaba, con la curiosidad acicateándome de tal forma que un minuto después estuve en el vestíbulo del edificio, discutiendo con el necio portero que insistía en seis disparos y en que se trataba de una persecución de

autos, como en las películas en las que desde el auto perseguidor acribillan al auto perseguido, por lo que no había víctimas ni rastros del tiroteo en la calle, me dijo ya en el portal, desde donde pude comprobar que una aparente normalidad campeaba entre los vendedores del comercio informal, acomodados bajo sus carpas de plástico en la acera. Enfilé hacia el vendedor de los discos piratas, enquistado en la esquina de la Sexta y la Once, a unos diez pasos de la entrada del edificio, para preguntarle qué era lo que él había visto. «Nada, yo me tiré al suelo», dijo el ladino chaparro y rollizo, sin verme a los ojos, como si yo fuera un policía que hubiera acudido a investigar los hechos, cuando lo que a mí me interesaba saber era cuántos disparos había escuchado él, cinco como decía yo que estaba atento, o seis como el portero que en su estampida perdió la atención, a lo que el vendedor respondió que tampoco se había fijado, pudieron ser cinco o seis, murmuró, en el colmo de la imprecisión, por lo que insistí y le expliqué que sólo podían haber sido cinco disparos porque después del primero yo los había contado en voz alta, vieja costumbre adquirida en los tiempos de guerra en mi país, diciendo dos, tres, cuatro, cinco y me quedé con la palabra seis en la boca, porque no hubo un sexto disparo, y podía además estar seguro de que se trató de una pistola nueve milímetros, que mi oído no era cualquier oído y si buscábamos los cartuchos calle abajo confirmaríamos mi certeza de que habían disparado con una pistola nueve milímetros, le dije al vendedor, que se hizo el desentendido y, hacendoso, empezó a limpiar con una franela los discos piratas. Crucé la calle, con escaso tráfico ese día, y frente al McDonald's compré dos periódicos dominicales –no el periodicucho que jamás volveré a mencionar y en el que se me había difamado–, con el propósito de acompañar mi desayuno con la lectura de reportajes y también para preguntarle al voceador sobre el tiroteo recién acaecido, pero el voceador resultó un caso peor aún que el vendedor de discos piratas, de ahí que optara por seguir mi camino sobre la Sexta Avenida bajo el espléndido sol matutino, sin permitir que los malos olores y la basura de la calle ensuciaran mi ánimo, contento por el hecho de que ningún transeúnte o vendedor informal pudiera intuir mis pensamientos, con rumbo hacia el restaurante del Hotel del Centro, donde el buffet de comida típica sería mi desayuno dominical durante mi estadía en

esa ciudad, a una hora en que la única perturbación procedía de la marimba que cada cierto tiempo arremetía contra los comensales, pero tal perturbación era una plaga en la totalidad de los restaurantes.

Maravillosa es la vida, exclamé para mí mismo, unas tres horas más tarde, maravillado ante la visión de la chica que acompañaba a Pilar, la tal Fátima de quien hasta entonces poco sabía y que enseguida se convertiría en objeto no sólo de mi atención, sino también de la de media docena de cafres apoltronados con sus cervezas en la cevichería Modelo, una especie de quiosco con las pocas sillas de plástico apretujadas a un costado de la plazuela del Conservatorio, media docena de cafres entre quienes con un poco de rubor debo incluirme y que estupefactos y babeantes contemplamos a ambas chicas cruzar por la esquina del Conservatorio y avanzar sobre la acera de la plazuela hacia la cevichería, yo sabedor de que se trataba de Pilar y de Fátima, en tanto que los otros excitados ante la posibilidad de que chicas tan hermosas, a todas luces extranjeras, pudieran quedarse perfumando esa cevichería cuyo principal atractivo era el televisor en el que transmitían el partido de fútbol dominical entre las selecciones de México y de la Argentina. Venga, niñas, que habéis llegado para ser el deleite de estos panzones ridículos en sus pantaloncitos cortos, me hubiera gustado decirles a ellas como saludo, si los tales panzones no hubieran tenido cierta mueca amenazante y su oreja demasiado cerca de lo que yo pronunciara, atentos como estaban al par de bizcochos que me dieron un besito en cada cachete iluminando mi día y ensombreciendo el de los panzones, que pronto comenzaron a segregarse una envidia ponzoñosa porque las chicas los ignoraron y casi se sentaron, las muy deliciosas, en cada una de mis piernas, una envidia sólo menguada por el partido de fútbol entre México y la Argentina, en el que sin embargo ya no pudieron concentrarse con la misma pasión, echando a cada rato miradas libidinosas hacia donde las chicas degustaban sus ceviches de pescado y sus cervezas en amena charla con un servidor. Lo primero que supe de Fátima era que deseaba lamerla enterita, por la apetitosa textura lechosa y levemente rosada de su piel y por las perfectas curvas entalladas en un pantalón de mezclilla roja y en una blusa de organdí bajo la que asomaban su ombligo coqueto y un caminito de vellos por el que yo comencé a descender mientras ella relatava su reciente viaje a una aldea

del altiplano donde años atrás la mitad de la población había tasajeado – instigada por los uniformados pero con un entusiasmo fuera de duda– a la otra mitad de sus congéneres, en una de las 422 masacres consignadas en las mil cien cuartillas que me esperaban sobre el escritorio del Arzobispado para que al siguiente día yo continuara mi labor de corrector y en las cuales me negaba terminantemente a pensar, con ganas sólo de descender por ese caminito de vellos que me llevaría desde el ombligo hasta la carnosa guarida de Fátima, donde yo quería refugiarme de los panzones acechantes, de los locutores deportivos vomitados por el televisor y del súbito e inesperado recuerdo de las centenares de indígenas entre las cuales había deambulado un par de horas atrás en el Parque Central, para digerir con placidez el desayuno y dejar pasar el tiempo, disfrutando la mañana luminosa en medio de esas centenares de indígenas ataviadas con sus étnicos trajes domingueros de colores festivos entre los que se imponía el rojo saltarín y contento, como si nada tuviera que ver con la sangre y el dolor sino que fuera más bien el emblema de la alegría de esas centenares de empleadas domésticas que disfrutaban de su día de asueto en la extensa explanada a cuyos costados reposaban la catedral, el palacio presidencial y los viejos portales del comercio, un paseo espléndido e ilustrativo porque mientras deambulaba bajo el cielo brillante pude constatar que ninguna de aquellas mujeres de ojos rasgados y piel tostada despertaba mi apetito sexual ni mi morbo, gracias a lo cual me desplazé grácil y con levedad, mi fantasía sosegada por completo, atento más bien al diseño de los tejidos y al corte de esos trajes étnicos cuyos faldones coloridos impedían el mínimo asomo de la carne, al contrario de lo que sucedía con el ombligo coqueto de Fátima, que me hacía guiños, por suerte sin que los panzones se percataran de ello, embobados como estaban con el duelo de titanes, tal como lo definió el locutor deportivo con un aullido que incluso mereció la atención de ambas chicas, a quienes el fútbol por supuesto aburría, pero que no pudieron abstraerse de la emoción imperante, al grado que Fátima me preguntó a quién le iba, si a México o a la Argentina, como si mi tercer ojo no hubiera detectado ya el resentimiento contra los aztecas que destilaban los panzones de marras, por lo que de inmediato le dije

que Centroamérica toda apoyaba a la Argentina en contra del vecino gigantón y ratero, dicho con el suficiente énfasis como para ganar así mi salvoconducto de salida flanqueado por semejantes muchachonas.

Siete

Con la novedad de que por fin conocí al gachupín artífice de la mitad de las mil cien cuartillas que con tanto denuedo yo corregía, el vasco de nombre Joseba muy querido y admirado por todos los que trabajaban en ese palacio arzobispal, según me dijeron mi amigo Erick y el chiquitín de nombre Mynor cuando me lo presentaron, un vasco de profesión médico psiquiatra, que sólo así resultaba explicable que se haya metido con semejante entusiasmo y minuciosidad a un pantanal de dolor del que cualquier persona en su sano juicio hubiera huido sin la menor dilación, tal como se lo hice ver una vez que estuvimos a solas en mi oficina revisando las correcciones que yo había hecho a su texto, ya de por sí pulcro y claro, sólo un médico psiquiatra procedente del País Vasco pudo haberse sumergido durante meses a estudiar con dedicación los testimonios de centenares de víctimas traumatizadas por la orgía de sangre y pólvora de la que por suerte habían salido con vida, le dije con franca admiración a Joseba, y enseguida leí en voz alta y como al vuelo algunas de las frases que yo había trasladado a mi libreta de apuntes y que estaban subrayadas en las cuartillas que hojeaba sobre mi escritorio, frases como *Entonces se asustó y enloqueció de una vez o Ése es mi hermano, ya está loco de tanto miedo que ha recibido; su mujer murió del susto también o No son decires sino que yo lo vi cómo fue el asesinato de él*, o ésta que tanto me impresionaba y que decía: *Porque yo no quiero que me maten la gente delante de mí*, frases que evidenciaban el grado de perturbación mental de los sobrevivientes y el peligro de que tal estado influyera en quienes trabajaban con ellos, que no era el caso de Joseba, quien a todas luces mostraba no sólo salud, sino un temple rozagante, el porte alto, recio, de pecho enhiesto, tal como yo imaginaba a esos caballeros andantes que vinieron a conquistar a los indígenas de estas tierras, una idea simpática que no pude evitar mencionar, como al paso, mientras él me preguntaba mis impresiones sobre su trabajo y

yo le repetía que se trataba de una labor espléndida, impecable, después de la cual la historia de este país no sería la misma, de ninguna manera, y aprovechando un intersticio le dije: vaya paradoja, que un sujeto con la más arquetípica pinta de conquistador español se haya dedicado con tanta devoción a rescatar la memoria masacrada de los indígenas, sin ánimo de ofender, aclaré, porque Joseba se movió incómodo en la silla frente a mi escritorio, el muy modesto, inquieto por la adulación, acariciándose su barbilla sombreada. Me parece impresionante la objetividad de tu texto mezclada con el más valiente humanismo, exclamé con una emoción casi femenina, como si yo hubiese sido Fátima, una ocurrencia nada casual, pues la tarde anterior ella no había parado de alabar a Joseba mientras caminábamos hacia su casa de la Zona 2, y tanta alabanza sólo pudo infectar mi fantasía con las más pertinaces sospechas, que aunque el tal Joseba estuviera casado no me hubiera extrañado que se hubiera despojado de su límpida armadura de fiel caballero para pasar por las armas a la susodicha compatriota y admiradora suya, por eso no era raro que mientras comentábamos su trabajo encerrados en mi oficina yo comenzara a fantasear con la forma como Fátima hubiera podido acercarse a la puerta para echar el pestillo y enseguida se hubiera lanzado a fondo, la muy Dulcinea, a besar con pasión al caballero admirado mientras desabotonaba su bragueta y extraía la lanza que pronto recorrería con sus manos y con su boca y poco después se ensartaría con frenesí para cabalgar sobre el caballero que por el azoro perdería el decoro, aún sentado en la silla, con aquella ricura jadeante restregándose sobre él y su vista perdida en las altas paredes desnudas, sin querer fijarse en el crucifijo solitario y contemplador desde su altura, temeroso incluso de que Mynor o Erick tocaran la puerta y lo descubrieran en semejante trance o de que yo apareciera de súbito y no sólo lo agarrara con las manos en la carne sino que le reprochara la utilización de mi propia oficina para fornicar con la chica de mis sueños, traición capaz de desatar en mí una furia que comenzó a inflamarme en ese instante, no tanto contra el gachupín que describía precisamente su método de trabajo psicosocial, sino contra mi propia fantasía, la muy imbécil emperrada en imaginar a Fátima cabalgando a Joseba, en vez de imaginarme a mí cabalgándola a ella, lo que desde todo punto de vista hubiera sido preferible. Fue la súbita irrupción en

mi oficina –que en verdad era la suya–, luego de los toquidos de cortesía, del gran capo siciliano lo que me sacó de mi embeleso y me trajo de vuelta a la escena en que éste nos saludaba y le pedía a Joseba que lo acompañara a la oficina de Mynor, donde los tres se reunirían a mascullar una conspiración de la que por suerte yo no formaba parte, me dije, Dios me libre, que ya tenía suficiente con las mil cien cuartillas como para además involucrarme en intrigas vaticanas, aunque no puedo dejar de reconocer que el hecho de verme excluido súbitamente de ese círculo de poder, al que seguramente se sumaría mi amigo Erick, me produjo cierto resentimiento, como si el cura hubiera sospechado de mí desde que vio el movimiento de mis manos, como si mi trabajo no fuera lo suficientemente importante y mis opiniones sobre el informe no contarán. «Venga, tío. Nos vemos para comer», dijo el hidalgo, con un guiño, antes de seguir a monseñor, consciente quizá de la marginación de que yo había sido objeto, temeroso lo más seguro de la posibilidad de que desquitara mi resentimiento machacando su texto, algo que por supuesto no pasó por mi mente, tal como se lo hice saber un par de horas más tarde, cuando ya estábamos en el restaurante Imery, ubicado al otro lado del Parque Central, un sitio más bien penumbroso donde comían el menú del día decenas de oficinistas, políticos de baja estofa, uno que otro académico de centros de estudios de la zona y también personal del Arzobispado, entre el cual nos contábamos Joseba y yo, los de la mesa del rincón, donde me aprestaba a recibir sabrosas confidencias de boca del gallardo caballero sobre las intrigas palaciegas en que él había participado esa mañana y sobre todas las demás intrigas relacionadas con el informe que mi amigo Erick se había abstenido de revelarme, pero a medida que pasaban los minutos y dábamos cuenta del plato de entrada comprobé que el psiquiatra vasco apenas respondía con monosílabos y evasivas a mis entusiastas preguntas, como si la prudencia y el recato fuesen componentes esenciales de su carácter, pensé al principio, como si los capos de esa religiosa institución tuvieran un pacto de silencio que exigía absoluta discreción incluso ante empleados de confianza como yo, pensé enseguida, como si en esa reunión de la mañana a la que no me invitaron hubiesen discutido hasta dónde podían confiar en mi persona y cuya conclusión se reflejaba en esa cortés negativa del gachupín a contestar mis interrogantes, pensé luego ya francamente inquieto, a punto de sumergirme

en una espiral paranoica que no haría nada bien a mi digestión y de la que al instante traté de huir cambiando el rumbo de la conversación, insistiendo más bien en hurgar en la vida privada de mi compañero de mesa, a sabiendas de que en realidad la prudencia y el recato eran componentes fundamentales de su carácter y jamás me revelaría nada sobre sus correrías políticas en Bilbao, nada mencionaría sobre su pasado y presente de simpatizante etarra, que se le olía a distancia, y se referiría nada más que a generalidades concernientes a lo bien que se bebía y comía en esa ciudad de acogedores bares que pululaban por doquier, de astilleros y armatostes de fábricas abandonados a lo largo del río. Pero para mi sorpresa, quizá una vez que hubo comprobado que la mesa de junto había quedado vacía, Joseba cambió de súbito el tono despreocupado y vago de su charla y empezó a decirme, con un dejo conspirativo copiado de mi amigo Erick, que el texto que faltaba del segundo tomo del informe de marras era delicadísimo, un análisis detallado sobre cómo operaban los servicios de inteligencia del ejército, dijo casi cuchicheando, no tan seguro de que ninguno de los comensales en ese salón pudiera escucharnos, que precisamente sobre ese análisis de la inteligencia militar habían discutido esa mañana en la reunión a la que yo no había sido invitado y en la que acordaron que ese texto no sería incorporado al informe hasta el último momento, cuando éste ya estuviera a punto de ser enviado a la imprenta, no sólo por motivos de seguridad, sino porque mi amigo Erick necesitaba el máximo de tiempo posible para su elaboración, dada la circunstancia de que él era el experto estudioso de los aparatos de inteligencia militar, pero de manera simultánea coordinaba todo el trabajo del informe, precisó Joseba como si yo no hubiese estado enterado de las labores de quien me había contratado, cuando lo único que yo podía sacar en claro de su cuchicheo conspirativo era que estos sujetos realmente desconfiaban de mí, y que ni mi amigo Erick ni el chiquitín del bigotito mexicano habían tenido el valor de decírmelo, sino que habían enviado al galante gachupín para que me hiciera tragar la píldora de que por un problema de tiempo seguramente yo no podría ver ni corregir el capítulo del informe relativo a la inteligencia militar. Iba yo, pues, a reaccionar ante semejante canallada, con la estentórea indignación que ameritaba, sin importarme en ese instante la presencia de la mesera que nos cambiaba los platos, cuando el zamarrín, quizá intuyendo la borrasca

inminente, me preguntó como al vuelo si yo sabía lo que era El Archivo, una pregunta hecha con el candor de quien se refiere a una biblioteca infantil o a la gaveta donde los niños guardan los rompecabezas, una pregunta que sólo pudo causarme el mayor estupor, al grado que tardé varios segundos en reaccionar, lelo como estaba yo ante la imprudencia de mi interlocutor, que no se hablaba de El Archivo en un lugar público, menos en un restaurante ubicado apenas a dos calles del palacio presidencial, en cuyos aposentos tenía precisamente su sede El Archivo, un restaurante en el que sin lugar a dudas comían diariamente no pocos oficiales y especialistas de esa oficina siniestra cuyo nombre Joseba había pronunciado con tanta ligereza y que yo no pronunciaría de la misma manera, ni de ninguna, porque de pronto fui presa de un ataque de pánico, atizado por cierta mirada de soslayo que se permitió la mesera antes de empujar la puerta batiente de la cocina, una miradita que en otra circunstancia yo hubiera interpretado como la natural curiosidad femenina ante la guapura del hidalgo caballero, pero que entonces sólo pudo provocarme ese ataque de pánico que me tenía paralizado, transpirando, seguramente con la presión arterial por las nubes, porque El Archivo era precisamente la oficina de inteligencia militar desde donde se planificaban y ordenaban los crímenes políticos mencionados en el informe que reposaba sobre mi escritorio y que había sido redactado ni más ni menos que por el gachupín boca floja que ahora esperaba tan campante a que yo comenzara a farfullar sobre la oficina inmencionable, algo que no sucedería, porque cuando logré salir de mi estupor, cuando por fin pude vencer mi ataque de pánico fue gracias a otra descarga de adrenalina producida por el hecho de que la mesera trajera los postres y el café cuando apenas comenzábamos el segundo plato, práctica común en un restaurante siempre con oficinistas en espera de mesa libre a esa hora de almuerzo, hubiera pensado yo en otro momento, pero no entonces, cuando tal premura sólo me pareció la constatación de que esa mujer era una confidente de los militares que ya nos tenía en la mira y sólo quería reconfirmar el tema de nuestra conversación antes de proceder al chivatazo, de ahí que sin ton ni son comenzara yo una febril perorata que el tal Joseba no esperaba: lo que más admiro de España es la lucha del pueblo vasco, le dije atropellando las palabras, y de esa lucha me fascina la táctica etarra de ejecutar a sus víctimas por la espalda con el certero

tiro en la nuca, la audacia de tomarlos por sorpresa, de aprovechar que son civiles desarmados y que están de espaldas para despacharlos sin que se percaten siquiera, le dije con una intensidad que a veces logro, la idea de ejecutar a una víctima en tales circunstancias sólo puede ser producto de la brillantez de un valiente estratega que no se permite la mínima derrota, la idea de formar a la juventud vasca en la práctica y la admiración de un crimen tan perfecto en que la víctima indefensa carece de cualquier capacidad de reacción me parece que únicamente puede inspirarla el nacionalismo más depurado, agregué ya casi sin aliento, mientras la mesera ponía sendas tazas sobre la mesa, con la expresión de quien no se está enterando de lo que tanto se entera, y Joseba estaba estupefacto, como si no supiera decidir si enfrentaba una procaz provocación o a un delirante, cuando el solo propósito que agitaba las incoherencias de mi lengua era hacer a un lado el tema que me espantaba, salir del ataque de pánico que sólo cedía al conjuro de la perorata que, dada la incomodidad de mi interlocutor y sin que yo supiera por qué, enseguida me llevó a referirme a las virtudes de la tolerancia democrática española, la amplitud de criterio de esa monarquía constitucional que podía abrir sin complejos las páginas de su principal revista real a una indígena sobreviviente de las masacres gracias a las cuales Joseba y yo estábamos ganando unos dólares –él más que yo, supuse con tino, dada la dimensión y sapiencia de su trabajo–, el humanismo de la familia real española y de las demás monarquías europeas que no sólo recibían con el más alto protocolo a la indígena de marras sino que se retrataban con ella y permitían que esas fotos fueran publicadas ni más ni menos que en la revista ¡*Hola!*, una indígena gordita rodeada de reyes, príncipes, marqueses y condes como en un cuento de hadas, dije con el mismo atropello, una indígena a la que ninguna de las familias blancas y mal llamadas respetables del país en que ahora tomábamos café hubiera recibido por la puerta de la cocina como no fuera para que entregara las tortillas, esa misma indígena ganadora de las más altas distinciones internacionales era la única ciudadana de este país que aparecía rodeada de la realeza europea en la revista ¡*Hola!*, algo verdaderamente impresionante, le dije a Joseba con la voz casi fuera de control, salir en la revista ¡*Hola!* era lo máximo a lo que un personaje famoso podía aspirar y algo que los blanquitos soberbios dueños de este país jamás le

perdonarían a la gordita, porque ellos de ninguna manera tenían ni jamás tendrían cabida en esas prestigiosas páginas, aunque a decir verdad lo que más me impresionaba de mis últimas lecturas de *¡Hola!* era la calidad de hembra de esa noruega con la que el príncipe Felipe estaba saliendo, padre eterno divino, qué carne nórdica para degustar, le dije a Joseba chupando mis dientes con fruición y ya un poco más relajado, no había una sola princesa de las que aparecían en las páginas de *¡Hola!* capaz de superar a la vikinga que don Felipe se daba a su antojo, alcancé a decir con un último suspiro al tiempo que Joseba se ponía de pie para indicarme que pasáramos a la caja a cancelar nuestros alimentos, con una expresión indescifrable en su rostro, mientras la mesera fisgona empujaba la puerta batiente de la cocina.

Ocho

Estaba yo tirado en la cama, con el cuerpo recién poseído roncando a mi lado, sorprendido por una idea que de súbito me había cegado, la idea de que el infierno es la mente y no la carne, tal como comprobaba yo en ese instante, la idea de que el infierno se encontraba en mi mente agitada, sin sosiego, y no en el sudor de la carne, que de otra manera no podía explicarme el hecho de que yo estuviera ahí, tendido en la cama de mi apartamento del edificio Engels, sin poder disfrutar del resplandor de la piel lechosa de Fátima, una piel que en otra circunstancia hubiera sido deleite para mis sentidos, pero cuya presencia me había sumido en la peor agitación, al grado de que hubiera dado cualquier cosa por que ella no estuviera ahí, por que nada hubiera pasado entre nosotros, por que todo hubiera sido tan sólo otra de mis fantasías. Pero no, me dije mientras me movía inquieto en la cama, sin poder conciliar el sueño, con la angustia mordisqueándome la boca del estómago, ese cuerpo que tanto había deseado sólo había servido para que yo comprendiera la vulnerabilidad del placer, su naturaleza frágil y desmoronable, me reprochaba, presa del desasosiego, sin lograr encontrar una posición cómoda que me permitiera dormir o relajarme, con la mirada fija en los ventanales cuyas cortinas no había cerrado del todo y a través de los cuales entraba la medianoche con sus ruidos sospechosos; ese cuerpo por todos tan deseado había perdido de pronto para mí su encanto, cuando una hora atrás me había preguntado a boca de jarro si yo prefería que ella me la chupara o que me hiciera una paja, una pregunta que carecía de cualquier sentido habida cuenta de que teníamos tres minutos –segundos más, segundos menos– de estarnos besando y tocándonos apasionadamente en el sofá de mi apartamento y lo que procedía en ese momento, cuando ella tenía ya mi miembro en su mano y yo mi cordial en su coño, era desvestirnos completamente y relamernos hasta llegar a la consumación del acto amoroso,

en vez de hacer esa pregunta procaz y fuera de lugar relativa a si yo prefería una mamada o una paja, como si ese preámbulo de confesiones, caricias y besos que había comenzado con la caída de la tarde en una cervecería de mala muerte llamada Tustepito, sólo hubiera sido una coartada para llegar al momento en que ella tenía que preguntarme qué era lo que yo prefería, si una paja o una mamada, algo más propio de la prostituta zamarras que ofrece menú y precios al cliente excitado que de esta linda chica española a quien, según yo, había seducido con mis dotes de encantador. Quién sabe qué expresión miraría en mi rostro, pero enseguida me aclaró terminante que ella no pensaba follar conmigo, caramba, que ella tenía un novio al que mucho amaba y quien arribaría al país a la mañana siguiente, un novio al que jamás le sería infiel, aunque ahora mismo tuviera mi miembro en sus manos, por lo que me daba a escoger si yo prefería que me hiciera una paja o que me la chupara, me repitió, en vez de desnudarse del todo y entregarse tal como la lógica indicaba. Le dije que me la chupara, porque tampoco se trataba de quedarme templado y con la ebullición en mis huevos, que semejante tirantez produce dolor y dificulta el caminar, aunque el momento mágico se hubiera perdido, ese instante en que la magia de la posesión surge esplendorosamente se había ido al traste desde que ella hizo su procaz pregunta, más propia de una profesional que de una chica presa de la seducción, pensaba yo mientras la contemplaba con mi miembro en su boca, succionando, con movimientos agitados y un tanto arrítmicos, lo que me hizo temer una lastimadura, el rayón de un canino, de ahí que le sugiriera que se calmara, que lo hiciera con más suavidad, posando mis manos en su cabeza, sin concentrarme demasiado en el placer que ella suponía brindarme sino intentando descifrar la diferencia entre chupármela y ser penetrada a la hora de reafirmar su fidelidad ante el novio que llegaría a la mañana siguiente y del cual yo apenas me había enterado, una diferencia que en verdad me costaba descubrir, mucho más cuando ella trató de hablar sin sacarse mi miembro de su boca y pronunció algo así como «ca-co-que-co», mirándome con ansiedad y sin menguar sus movimientos agitados balbuceó una y otra vez de manera gutural «ca-co-que-co», con la mayor ansiedad en su mirada, hasta que le dije que no le entendía, que se sacara el miembro de la boca para hablar, lo que de inmediato hizo y enseguida repitió con claridad lo que antes yo había percibido sólo como «ca-

co-que-co» y que en verdad era la pregunta «¿estás contento?». Mentiría yo si no reconociera que tal situación rebasó cualquier expectativa de mi parte, pues Fátima hizo semejante pregunta con la entonación de la ramerita que da sus primeros pasos, atenta y ansiosa por agradar al cliente, insegura además de su capacidad para ejercer las técnicas recién aprendidas. «Ca-co-que-co», me repetí con asombro al tiempo que ella se metía de nuevo mi miembro en su boca y reemprendía su ofuscación sin que yo pudiera disfrutar plenamente de tal esfuerzo mamatorio, dado el distanciamiento en que me sumió toda esa situación incómoda e inédita, valgan los adjetivos, pero sin que a Dios gracias mi miembro flaqueara, que entonces no sé lo que hubiera sucedido. Y pronto mi ausencia iba a convertirse en desagrado, mi estado de abstracción caería bajo el contundente golpe de los sentidos, cuando ella ya entusiasmada por mi miembro en su boca terminó de quitarse las prendas que aún tenía encima, incluido el par de botas militares y las gruesas medias que para mí resultaban una moda un tanto grosera y desestimulante bajo su faldón primaveral, una moda por lo demás compartida por la mayoría de cooperantes europeas y que yo nada más entendí como un capricho juvenil sin mayores consecuencias, pero que en ese instante adquirió su siniestra dimensión cuando desde ese par de botas militares ascendió un tufo que hizo trizas mis fosas nasales y me provocó la peor de las repugnancias, un tufo que sin duda estaba impregnado en sus pies quizá de lejos bellos y apetecibles, pero que entonces ni siquiera me atreví a ver, habida cuenta de que había echado mi cabeza hacia atrás, sobre el respaldo del sofá, con mis ojos cerrados y la expresión embelesada del hombre poseído por el placer, cuando la verdad era que por mi mente pasaban las más variadas imágenes y pensamientos, a los cuales me aferraba tenazmente para no sucumbir al contundente golpe nasal propinado por el tufo de los pies de Fátima. Ningún otro motivo podría explicar que yo no me enterara del instante preciso en que ella dejó de mamarme y con un movimiento súbito se encaramó en mi miembro, sólo mi total estado de abstracción pudo permitir que Fátima empezara a cabalgarme sin que yo me percatara, porque cuando quise reaccionar ya estaba ella ensartada en mi miembro y lo único que pude hacer fue atraerla para sumir mi cara en su cuello, a fin de filtrar lo más posible la insoportable hediondez que entonces ya impregnaba la pequeña sala de mi

apartamento y que seguramente sería difícil sacar del tapiz donde ella restregaba sus pies para mejor cabalgarme. Suerte tuve de que la irrigación sanguínea no me falló, que la flacidez entonces hubiera sido el acabose, y mientras ella iba rumbo al frenesí y yo intentaba por todos los medios pegar mis fosas nasales a su piel, mi mente rebotaba como pelota de ping-pong de la negativa terminante a follar a los grititos que ahora presagiaban su orgasmo, de la pregunta sobre la preferencia entre una paja o una chupada al ininteligible «ca-coque-co», de las funestas botas de soldado al novio que llegaría al día siguiente; una pelota de ping-pong rebotando con la mayor intensidad a medida que Fátima alcanzaba su orgasmo y me gritaba «mi amor», «mi amorcito», como si yo fuera el novio tan esperado, cuando mi sola urgencia era que ella me desmontara para ir presto por el spray con desodorante ambiental que estaba en el baño. Que la naturaleza es caprichosa lo supe una vez que ella, saciada y sin aliento, notó que yo aún estaba templado, una erección que no respondía en absoluto a mi estado de ánimo y ante la cual Fátima volvió a meter mi miembro en su boca luego de decir «joder, tío, que te corras», momento en el que me recriminé no tener el valor para hacerla a un lado, detesté esa manía de quedar bien y ese miedo a lastimar al prójimo que me impedía pedirle que se detuviera, decirle que todo había sido un equívoco, que se relajara y enseguida fuera al baño a tomar una ducha mientras yo preparaba la cama, aunque en verdad hubiera preferido llamar un taxi para que la llevara de inmediato a su casa. Pero nada dije, sino que la dejé hacer hasta que pronto comprendí que venirme era lo más sano, que debía dejarme de tonterías, concentrarme en su succión y olvidar todo lo demás a fin de desquitar lo invertido en esa noche sin pies ni cabeza, de evitar que mis huevos quedaran acalambrados, pero ya era demasiado tarde y al poco rato ella sacó mi miembro destemplado de su boca y dijo que estaba cansada, que mejor nos fuéramos a la habitación a meternos bajo las sábanas, a lo que accedí con la situación ya totalmente fuera de mi control. Y caminó delante de mí a saltitos coquetos sin que yo suspirara por ninguno de los innegables atributos de su cuerpo, opacados por la desagradable idea de que el hedor de sus pies se impregnaría en mi cama y me obligaría a pedir un cambio de sábanas antes de tiempo, mi cama que ya no sería la misma, mucho menos cuando ella ya tendida comenzó de inmediato a contarme sobre

el novio que al día siguiente esperaba, un mayor del ejército uruguayo destacado en este país como parte del contingente militar de las Naciones Unidas que supervisaba el cumplimiento de los acuerdos de paz firmados por el gobierno y la guerrilla, un tipo tierno y cariñoso que en ese mismo instante seguramente preparaba sus maletas en un hotel de Nueva York con su emoción puesta en la chica que al día siguiente lo recibiría en el aeropuerto y que ahora reposaba a mi lado, desnuda bajo las sábanas; un militar a quien ella llamaba cariñosamente Jota Ce, que así le gustaba que le dijeran, me explicó Fátima, aunque su nombre fuera Juan Carlos Medina, el mayor Juan Carlos Medina, para más señas, prefería que sus amigos y ella le llamaran de esta manera, Jota Ce, dos iniciales que repetí mentalmente, aún sin pronunciarlas, a punto del espanto, mientras Fátima me revelaba su decisión de irse a vivir con Jota Ce en pocos días, que ya los planes estaban acordados y ella trasladaría sus bártulos desde donde la Pilarica hacia el amplio y moderno apartamento que Jota Ce disfrutaba en la exclusiva Zona 14 de la ciudad, una mudanza que –como ella misma reconoció al tiempo que se arrumaba en la cama– transgredía algunos de sus principios, en especial aquellos relacionados con la pobreza y el sufrimiento de los indígenas con los que trabajaba, y que también le generaría cierta incomodidad, dada la escasez de transporte público en esa zona para ricos. Pero la relación con Jota Ce estaba por sobre todo, dijo, acostada boca abajo, con la sábana cubriéndole la mitad de la espalda, él era un tipo incomparable, maduro, doce años mayor que ella, muy comprensivo, a tal grado que compartían todo lo que sucedía en sus vidas, incluidos los «encuentros paralelos», como ella los llamó, refiriéndose a las infidelidades, porque habían pasado varios periodos separados, cuando él viajaba a la sede de las Naciones Unidas en Nueva York y ella se internaba en el altiplano, masculló, soñolienta, entre bostezos, aunque hasta entonces, en los siete meses de relación, sólo Jota Ce había confesado con total franqueza un «encuentro paralelo» sin importancia, que Fátima había comprendido y perdonado, en tanto que ella nada había tenido que confesar. No le irás a contar lo nuestro, murmuré, con cautela, que ya mi susto era demasiado al saber que la chica que empezaba a dormir a mi lado era el coño propiedad de un milico, caramba, que yo estaba a punto de deslizarme en el tobogán del terror y buscaba a tientas una mínima agarradera

para sostenerme, pero Fátima apenas se volteó, con las palmas de las manos juntas como almohada bajo su mejilla, y me dijo que claro que se lo diría, ése era el pacto que habían hecho, contarse siempre la verdad, tenerse toda la confianza, y ella odiaba sobre todo la simulación y la mentira. No quise voltearla a ver, ni argumentar a favor del silencio, sino que imaginé que aquello era una broma, su forma de burlarse de mí, aunque su tono no dejara lugar a dudas, más temprano que tarde le revelaría al milico nuestra relación y éste reaccionaría como cualquier hombre al que le ponen los cuernos, con la misma rabia y ceguera, peor aún dada la circunstancia de que se trataba de un milico acostumbrado a resolver sus problemas por la vía expedita de las armas, y como no le pegara un tiro a ella, me lo pegaría a mí, lo más probable, o a ambos, me dije sumido en una creciente vorágine de paranoia. Iba entonces a pedirle a Fátima que no fuera inconsciente, que no se fuera de la boca, decir la verdad a veces tontería es, y hasta suicida, como en este caso, cuando era evidente que el milico la había enredado en esa madeja de confesárselo todo con fines aviesos, que se llevaría mi humanidad entre las patas y de la manera más irresponsable pondría en riesgo mi vida; iba a exigirle a Fátima que no fuera ingenua, que tuviera sentido común, cuando ella comenzó a roncar con la mayor desfachatez, hecha un ovillo, plácida en su sueño profundo, ajena a mi angustia, dejándome en un asfixiante estado de agitación interior, a tal punto de desmoronamiento que sólo se me ocurrió apagar las luces y tenderme en la cama con el máximo sigilo, como si así pudiéramos pasar inadvertidos, como si de tal forma pudiera borrar de una vez para siempre esa noche equívoca, propicia tan sólo para mi suplicio, una noche en la que el placer de la carne apenas había sido una coartada para sumirme en el infierno de la mente, como ya lo dije, porque en esa penumbra de ruidos sospechosos comprendí que yo me había puesto a tiro del tal Jota Ce, que nada le costaría matarme y hacer pagar a los milicos locales el costo de mi vida gracias al hecho de que yo era el corrector de las mil cien cuartillas en las que se documentaba el genocidio que éstos habían perpetrado contra sus mal llamados compatriotas, o lo que era aún peor, pensé revolviéndome en la cama, los sabuesos de la inteligencia militar, enterados ya de mi «encuentro paralelo» con la chica de Jota Ce, me liquidarían y convertirían mi muerte en un crimen pasional, un magnífico golpe a tres

bandas que les permitiría cimbrar simultáneamente a los curas del Arzobispado, a los observadores militares de las Naciones Unidas y a los cooperantes españoles, todos de una u otra forma empeñados en fastidiar al ejército. Ni duda cabe de que fui presa del peor de los terrores, como si la muerte estuviese respirando a mi lado, como si los ronquidos de la bella durmiente fueran el sonar de la trompeta que anuncia la llegada de los heraldos negros, vaya ocurrencia, que el miedo todo lo distorsiona y yo estaba con taquicardia, transpirando, seguramente con la presión arterial por las nubes, con la certeza de que ahora sí corría peligro. No pude más: me puse de pie, con la ansiedad destilando, y fui a la sala a pasearme como preso en capilla, que así me sentía, con la sentencia de muerte roncando en la cama y la perspectiva de una noche siniestra, a menos que me zampara de un trago un whisky triple, licor del que carecía, o que tomara una fuerte dosis de Lexotán, el ansiolítico del cual yo debía ingerir 1,5 miligramos en la mañana y otra dosis similar en la noche, tal como el médico me había recetado varios meses atrás cuando sufrí el percance por el artículo sobre el primer presidente africano de mi país y que me había obligado a salir al exilio, un ansiolítico del que me mantenía lo más alejado posible, sin cumplir la receta, temeroso como soy de las adicciones y a sabiendas de que mi carácter compulsivo me hubiera llevado a atracarme hasta la intoxicación. Me tragué dos pastillas de 1,5 miligramos cada una y me puse a leer la extensa hoja de indicaciones del medicamento, con el vaso de agua en la mano y el propósito de distraerme, de dejar de pensar en las consecuencias de mi relación con Fátima, de reducir mi angustia para luego irme a la cama a intentar dormir, lo cual –según el texto que leía– no iba a suceder antes de treinta minutos, periodo que tardaba la pastilla en hacer su efecto, por lo que aún presa del abatimiento no pude hacer otra cosa que dejarme caer en el sofá, escenario de mi catástrofe, y tomar mi libreta de apuntes de la mesita del centro para hojearla y conducir mi atención a otras voces y otros ámbitos, pero al nomás abrirla me encontré con la última frase apuntada antes de salir del Arzobispado, una frase que agitó todavía más mi ánimo, la frase *Si yo me muero, no sé quién me va a enterrar* dicha por un anciano quiché a quien el ejército dejó en el mayor de los desamparos, al masacrar a sus hijos, nueras, nietos y demás familiares, en un desamparo tan extremo que el último lamento de este sobreviviente en su

testimonio era *Si yo me muero, no sé quién me va a enterrar*, el pobre anciano, una pregunta que de inmediato me hice y se estampó en mis hocicos como mariposa negra, porque yo tampoco tenía quien me enterrara en caso de que el tal Jota Ce o los especialistas de la mal llamada inteligencia militar decidieran eliminarme, nadie se haría cargo de mis restos si algo me sucedía, pensé con tristeza, ni los pocos familiares que quedaban en mi país ni ninguno de mis conocidos en esta tierra ajena se harían cargo de mis huesos, me lamenté ya en un estado de autoconmiseración, quizá sólo mi compadre Toto sentía hacia mí el cariño suficiente como para hacer una colecta a fin de conseguir los fondos necesarios para un entierro digno, para que mi cadáver no permaneciera en la morgue hasta que fuera vendido como desperdicio a cualquier facultad de medicina, me dije con los ojos acuosos, a punto de la depresión, porque me sentía en el peor de los desamparos, sin el sufrimiento del anciano indígena cuya frase me había sumido en tal estado de ánimo, debo reconocerlo, pero casi tan solo y abandonado como él, aunque una chica durmiera en mi cama, la chica intensamente deseada que me había poseído sin que yo tuviera disfrute alguno y cuya imprudencia ahora amenazaba con empujarme a la muerte. Regresé a la habitación, a tenderme bajo las sábanas, a respirar acompasadamente, tratando de concentrarme en el aire que entraba y salía por mis fosas nasales, ajeno al tufo de los pies de Fátima, que mis preocupaciones ya eran otras, con la intención de que la pelotita de ping-pong rebotara cada vez menos hasta conciliar el sueño.

Nueve

Vaya sorpresa la que tuve cuando esa mañana me enteré de que una mujer guapa y misteriosa a la que apenas veía de vez en cuando recorrer los pasillos del palacio arzobispal era la misma chica cuyo testimonio yo estaba corrigiendo y que me había conmovido a tal grado que no pude terminar la tarea de un tirón y había preferido salir al patio del palacio con el propósito de tomar aire y un poco de sol matutino; una sorpresa mayúscula me llevé cuando la Pilarica, a quien encontré sentada en el borde de la fuente revisando sus apuntes y disfrutando también del sol y del aire, me dijo que la mujer que en ese instante caminaba por un penumbroso pasillo del palacio era la misma chica cuyo testimonio yo estaba comentándole con el mayor de los estremecimientos, habida cuenta de que ella relataba las infamias que había sufrido diecisiete años atrás a manos de los militares, luego de que fuera capturada en el desparpajo de la represión contra una protesta estudiantil en pleno centro capitalino, una chica que entonces tenía dieciséis años y que fue conducida a las mazmorras del cuartel de la policía, donde padeció los peores vejámenes, incluida la violación diaria y sistemática por parte de sus torturadores, un testimonio contado con tanto detalle y tan impactante que me había obligado a abandonar la oficina de monseñor donde yo trabajaba en busca de aire y emociones menos malsanas. «Teresa es una linda chica, ¿quieres que te la presente?», me preguntó Pilar bajo el reconfortante sol matutino y con su mejor sonrisa, a lo que sólo pude responder con un gesto de consternación, que no hacía ni cinco minutos que yo revisaba el texto en el que Teresa narraba las más abominables violaciones a que había sido sometida por los militares que la torturaban y lo que menos me apetecía era enfrentarme con su rostro, que yo había visualizado cubierto con una venda y con moretones y costras de sangre, el rostro de una chica golpeado salvajemente por sus torturadores con el propósito de que ella

aceptara su pertenencia a la guerrilla y delatara a sus compañeros, aunque en verdad los verdugos sabían que la chica no pertenecía a la guerrilla y su pecado era ser hija de una abogada laboral que defendía a los sindicalistas y que meses más tarde sería asesinada, tal como yo había leído en el testimonio de marras, una chica a la que hundieron en el mismo infierno durante una semana con golpizas y violaciones que desgarraron su vagina y su ano, un bomboncito sobre el que se revolcaron con la mayor crueldad media docena de milicos encabezados por un teniente de nombre Octavio Pérez Mena, según detallaba el testimonio, un oficial a quien la mujer de ahora había reconocido en fotos de archivo y que ante la chica de entonces se presentaba como el rostro amable a quien ella debía confesar para que no la siguieran violando y pateando la media docena de bestias bajo sus órdenes, decía el testimonio, el teniente Octavio Pérez Mena de aquella época que con el paso del tiempo se convertiría en el jefe de Inteligencia del ejército, que la tortura es la medida de la inteligencia en los militares, y que ahora, diecisiete años después, era un respetable general que se paseaba orgulloso y ufano por esta misma ciudad donde la mujer que recorría el pasillo del Arzobispado lo reconocería con el mismo terror de entonces. «Gracias. Preferiría que me la presentaras otro día», le respondí a la toledana, con la idea de que la imaginación es una perra en celo, sin entender por qué precisamente en ese instante martillaba mi cabeza la idea de que la imaginación es una perra en celo, cuando nada en aquel patio reconfortante bajo el sol matutino tenía relación ni con la imaginación ni con una perra en celo, aunque más tarde comprendí que la intromisión de esa idea tenía que ver conmigo y con el bomboncito recién despatarrado por los verdugos y para nada con la mujer que ahora caminaba por el pasillo. Y entonces se me reveló con la mayor contundencia la imagen que me había obligado a escapar de la oficina en la que trabajaba concentrado en la corrección del informe que contenía el testimonio de la chica una y otra vez violada, la imagen que me puso los pelos y el alma de punta a grado tal que ya no pude seguir con la lectura y únicamente se me ocurrió escapar hacia el patio en busca del sol y el aire que disiparan semejante imagen, lo cual por supuesto no ocurrió, porque sentado en el borde de la fuente, mientras la Pilarica peroraba sobre sus problemas de trabajo, sentí de nuevo el escalofrío de aquella chica que caminaba con

dificultad por los sótanos del cuartel de policía, jalada por el teniente Octavio Pérez, con la vagina y el ano desgarrados apenas podía dar paso sin saber de la infección gonorreica que comenzaba a carcomerla ni del semen putrefacto que estaba haciéndose feto en su útero, paralizada por el terror ella creía que el teniente la llevaba al matadero donde destazaban a los presos políticos y por eso era un solo temblor de carne magullada el que entró a la ergástula donde había nada más un prisionero colgado del techo, desnudo, un guerrillero salvadoreño dedicado al tráfico de armas, le explicó el teniente, un amasijo de carne sanguinolenta, podrida, purulenta, con los gusanos que ya asomaban, que al tipo lo habían machacado hasta el delirio y apenas expelía un sordo jadeo por el que la chica comprendió que *eso* se mantenía con vida, un jadeo imperceptible por el que la chica vislumbró un atisbo de conciencia en ese despojo goteante frente al cual ella permanecía también desnuda, con las manos atadas a la espalda y la mirada de pavor cuando el teniente la tomó del cabello para obligarla a acercarse al cuerpo colgante y le dijo, con el tono del padre que reprende, «así te van a dejar a vos si no colaborás», como si él no hubiera tenido que ver con los puños que la golpeaban, las botas que la pateaban y las vergas que desgarraban su vagina y su ano, el teniente que entonces hizo una señal al esbirro encargado de la ergástula y éste presto sacó una pequeña hoz y calentó la hoja con un tizón encendido hasta que alcanzó el rojo vivo y enseguida la pasó al teniente, quien experto y de un tajo cortó los testículos y la verga del cuerpo tumefacto, ante la mirada atónita de la chica el teniente hizo ese preciso corte de castración que produjo un aullido como si el despojo hubiera estado en sus cinco sentidos, el aullido más horrible que la chica hubiera escuchado jamás y que la despertaría en las noches por el resto de su vida, tal como aseguraba en su testimonio, ese mismo aullido que a mí me sacó en estampida de la oficina de monseñor hacia el patio donde ahora me encontraba junto a la toledana, mientras la mujer que había sobrevivido a aquella barbarie –gracias a las presiones de su abuelo coronel logró ser puesta en libertad, según constaba en el informe– entraba a uno de los despachos, sin que yo me atreviera a serle presentado, porque me mantendría lo más alejado posible de ella a lo largo de mi estadía en el palacio arzobispal.

Fue la propia Pilar quien me sacó de la pesadilla al preguntarme cómo me había ido la noche anterior, si la había pasado bien junto a Fátima, con una risita pícaro, seguramente disfrutando del chasco que me había llevado al descubrir que su amiga tenía pareja, sin sospechar que el chasco hubiera sido hasta divertido si no me hubiera levantado yo como me tocó levantarme: atontado por la sobredosis de Lexotán y lamentando no haberme percatado del momento en que Fátima se puso en pie y abandonó el apartamento, que por eso no pude pedirle que olvidara todo lo que había sucedido la noche anterior, que borrara el casete y jamás hablara de ello con nadie, mucho menos con su novio, el tal Jota Ce, una petición de silencio que tuve trabada en el esófago desde que salí de la cama hasta que llegué al palacio arzobispal y deambulé en busca de Fátima infructuosamente –porque en algún momento de la noche ella me había advertido que dedicaría ese día a recibir al novio tan amado y a preparar sus bártulos para la mudanza– hasta que me encerré en el despacho de monseñor y mi atención cayó en el testimonio de la mujer que recién había visto por los pasillos y que me hizo olvidar momentáneamente mi ansiedad por las consecuencias que podía acarrearle la noche pasada con Fátima, una ansiedad que entonces se me disparó de nuevo por culpa de la pregunta capciosa de la Pilarica junto a la fuente. ¿Qué tal sujeto es el milico uruguayo?, inquirí, para agarrar al toro por los cuernos, que mis nervios no estaban para simulaciones y si debía prepararme para lo peor era conveniente que de una vez lo supiera. Pero ya suponía yo que la candidez estaría detrás de la respuesta de la toledana, para quien Jota Ce era un tipo espléndido, lo mejor que le pudo haber pasado a Fátima, nada que ver con los salvajes militares locales, sino un tipo instruido, con mucho mundo, simpatiquísimo, muy majo, dijo, yo tenía que conocerlo, sin ninguna duda nos llevaríamos superbién. De pronto sentí una tremenda resequedad en la boca, ganas de pegarle un empujón a la Pilarica para que cayera despatarrada dentro de la fuente y enseguida salir corriendo en estampida y sin rumbo, pero apenas logré balbucear con voz pastosa que debía volver a la oficina a continuar la corrección de las mil cien cuartillas, que el tiempo apremiaba.

Aguijoneado por el desasosiego, sin poder concentrarme como hubiera querido, permanecí el resto de la mañana encerrado en la oficina de monseñor, corrigiendo el informe de marras, de cuando en vez copiando en

mi pequeña libreta de apuntes frases insólitas, frases que me hacían divagar por un rato, pero que de una u otra manera me conducían a la ansiedad por encontrar a Fátima para pedirle que se olvidara de lo acaecido la noche anterior y se abstuviera sobre todo de comentárselo al tal Jota Ce, frases como la pronunciada por un indígena de la etnia mam a quien, después de la masacre, los militares le desaparecieron a sus padres y a sus hermanos, y quien desde entonces vivía en la más profunda depresión, esa frase que decía *¡pero yo siempre me siento muy cansado de que no puedo hacer nada!*, con toda su tristeza y desolación, pronto me remitía al hecho de que yo no podía hacer nada para comunicarme con Fátima, pese a las insistentes e infructuosas llamadas que hice al apartamento que compartía con Pilar, la frase *¡pero yo siempre me siento muy cansado de que no puedo hacer nada!* se convertía en mi cabeza en algo parecido a que yo me sentía muy angustiado de que no podía hacer nada por evitar que Fátima, después del acostón de bienvenida, susurrara con la mayor de las inocencias al oído del mayor Jota Ce Medina algo así como «te tengo una sorpresa, mi amorcito», a lo que éste respondería con la indolencia del guerrero fatigado por la recién ganada batalla de amor, sin poner pues mucha atención hasta que la chica de pies hediondos le dijera con una mezcla de entusiasmo y complicidad que ella también había tenido su «encuentro paralelo», precisamente la noche anterior, con un colega del Arzobispado que era yo, declaración que despertaría una súbita rabia en el milico uruguayo y un pavor igual de intenso en este servidor, tanto que hasta me puse de pie y empecé a pasearme compulsivamente dentro de la oficina de monseñor de sólo imaginar la escena poscoito de Fátima con su novio recién llegado, empecé a caminar y a rascarme la cabeza de mi pene por sobre el pantalón, como mono enjaulado me paseaba frente al escritorio y me frotaba la cabeza de mi pene, como si con ese gesto pudiera deshacerme de la imagen de la parejita de tórtolos y de la infidencia femenina que quizá en ese mismo instante estaba convirtiendo al tal Jota Ce en un energúmeno dispuesto a machacame los huesos, cuando lo que en verdad pasaba era que a lo largo de la mañana había sentido cierta comezón en la punta del pene y una especie de tirantez en los testículos,

sensaciones que yo atribuí a la natural irritación producida por el acto sexual luego de varias semanas de abstinencia, pero que ahora, con la atención agudizada, notaba que habían ido creciendo al paso de las horas.

Que de la sospecha al pánico no hubo ni una fracción de segundo lo puedo asegurar por el paso enloquecido con que me lancé de la oficina hacia los sanitarios, por el estado de ofuscación mental en que me vi de pronto sumido mientras recorría los pasillos, por la extrema agitación emocional con la que entré al gabinete donde, luego de echar el pestillo, procedí a revisar mi miembro: no hubo necesidad de que lo apretara demasiado para que apareciera la gota blanca que me dejó paralizado, boquiabierto, como hipnotizado, porque nunca en mi vida había padecido una enfermedad venérea, porque jamás creí que padecería semejante tipo de enfermedad en mi existencia, porque lo que más había temido del comercio carnal era la posibilidad de contraer un mal venéreo. Y no había duda alguna: ahí estaba la gota de pus tan temida, mirándome, acusadoramente, mientras yo tenía la sensación de que el piso se hundía a mis pies, el vértigo de quien ha traspasado la frontera prohibida, pues hasta entonces yo había creído que los hombres se dividían en dos grupos, los sucios y los virtuosos, y que era precisamente la posesión o no posesión de esa gota la línea divisoria.

Que del pánico a la indignación pasé enfurecido lo puedo asegurar porque antes de salir del gabinete hacia los lavabos ya había borrado de mi ánimo el miedo de que Fátima delatara su aventura nocturna al milico de sus amores, y más bien todo mi yo estaba poseído por la idea de la venganza, por la búsqueda de la mejor forma para desquitarme de la canallada que esa españolita había perpetrado en mi contra, ya que era imposible que ella no se supiera portadora de la infección que ahora me carcomía y que sin ninguna duda le había contagiado el milico uruguayo frecuentador de quién sabe qué prostitutas, sólo la peor alevosía pudo llevarla a restregarme su infección de la manera que lo hizo y sólo mi peor alevosía podía corresponderla, me dije mientras humedecía mi rostro en los lavabos, como si así pudiera deshacerme de la peste contraída, sin ninguna gana de volver a encerrarme en la oficina de monseñor como no fuera para actuar de inmediato en contra de la canalla infecta, que es lo que haría, llamar a mi amigo Erick para pedirle que por favor me recomendara un médico urólogo porque una de sus empleadas me

había contagiado una enfermedad venérea, incluso a la Pilarica le pediría la recomendación de un galeno para tratar el mal que su compatriota me había transmitido la noche anterior, el cual le explicaría en detalle a fin de que para siempre perdiera su risita estúpida y se percatara del tipo de amiga con que compartía. Y al mismo monseñor le insinuaría que no avanzaba yo con la concentración deseada en la corrección del informe por culpa de la tal Fátima que con su coño pútrido me había desgraciado. Pero el recuerdo impactante de la perla de pus entre mis piernas me hizo comprender que lo urgente era lo urgente, que la estrategia de repudio contra Fátima podía esperar y lo inmediato era detener la infección, por lo que raudo, quizá con los gestos del poseído, me dirigí hacia el enorme portón de madera, crucé la calle apestosa a mendigos y vendedores informales, y entré a la farmacia de la esquina en busca de un boticario que me recetara la penicilina más potente contra el mal que me aquejaba.

Diez

Llegué a la casa 1-25 de la Sexta Avenida a las 8:30 en punto de la noche, tal como fui convocado, que la Pilarica había sido clara al decirme que a esa hora comenzaría la fiesta de cumpleaños de Johnny Silverman, un judío neoyorquino que formaba parte del equipo de antropólogos forenses que trabajaba con el Arzobispado, excavando en los diferentes sitios donde se habían registrado masacres para recuperar las osamentas de las víctimas, con el propósito de reconfirmar los testimonios y permitir que los muertos tuvieran su ceremonia de funeral correspondiente al ritual indígena, aunque fuera muchos años más tarde y sin que se pudiera distinguir con precisión los huesos de uno de los huesos de otro, que tantos eran los enterrados por el ejército en las fosas comunes. Llegué a la casa de Johnny Silverman a la hora prevista, sin otra expectativa que pasar una velada tranquila, abstemio como me encontraba por los antibióticos ingeridos para contrarrestar la infección ya descrita y que esa tarde había sido motivo de discordia con Fátima, quien en todo momento negó que ella o su novio estuviesen infectados de mal alguno e incluso se atrevió a insinuar que yo estaba tratando de difamarla, a lo que propuse que me acompañara de inmediato a la oficina de monseñor, donde en privado le mostraría la gota siniestra, invitación que ella rechazó con una excusa cualquiera mientras endulzaba su café en la cocina del palacio arzobispal, que era donde cuchicheando discutíamos, porque no era posible, insistía yo, que la gotica apareciera justo a la mañana siguiente de que ella abusara de mí y ahora resultaba que la portadora del contagio era ajena a todo síntoma, señalamiento que la encrespó aún más y la llevó a cortar de tajo la discusión, que ése no era lugar para semejante plática, dijo al tiempo que salía. Entré a la casa de Johnny Silverman sorprendido de que el propio anfitrión me abriera la puerta en fachas y con un cuchillo de cocina en la mano, de que la sala estuviera vacía como si la fiesta hubiese sido

suspendida, sospecha que expresé en el acto, pero Johnny me explicó que los invitados comenzarían a llegar en unos minutos y que yo no era el primero, sino que ya estaba Charlie en la cocina, ayudándolo a preparar bocadillos, que él mismo se había retrasado a causa de un trabajo de última hora y aún ni tomaba la ducha de rigor, punto en el que coincidí con él, tal era la suciedad que expelía. No pude dejar de fijarme a lo largo de mi recorrido, desde la puerta de entrada hasta la cocina, en los grandes espacios de esa hermosa casa colonial y en el buen gusto con que estaba amueblada y decorada, nada comparable al apartamento del edificio Engels donde yo pernoctaba y que podía considerarse con rigor un cuchitril ante esta holganza en la que aún no me movía a mis anchas, idea que por aquello de las asociaciones me llevó a concluir que resultaba mucho más rentable desenterrar huesos de indígenas que corregir cuartillas con sus testimonios, aunque debo reconocer que la Pilarica me había contado que el tal Johnny Silverman pertenecía a una acaudalada familia judía neoyorquina, con *penthouse* en Manhattan y muchas otras posesiones, lo que explicaba de alguna manera la diferencia entre su casa y mi apartamento, pero no otra cosa de la que pronto sospecharía. Una trigüeña con garbo y negra melena tupida me saludó con la insolencia de quien se sabe por muchos deseada y por el más rico tenida, luego de que Johnny dijera que ella era Tania, su chica, y aquel otro Charlie, un rapado a lo Yul Brynner que de inmediato desenvainó su acento argentino. «Disculpa, pero no recuerdo tu nombre», me dijo Johnny, a quien había sido presentado en la oficina de mi amigo Erick y con quien nunca había vuelto a encontrarme, pero me lo dijo con la misma frescura con la que enseguida volvió a su labor culinaria apoyado por Tania y por Charlie, quienes sentados a la mesa de la espaciosa cocina cortaban embutidos y los colocaban en las bandejas, me lo dijo con la misma levedad con la que después me preguntó qué deseaba beber, señalando el mueble donde destacaban las botellas, y después continuó su relato sobre las excavaciones que entonces realizaban en los linderos de una antigua base militar abandonada en la zona del Petén, donde habían encontrado las osamentas de setenta y siete personas de diversas edades, incluidas mujeres embarazadas y bebés recién nacidos, según precisó Johnny. *Que siempre los sueños allí están todavía*, dije como una especie de amén cuando Johnny terminó su relato, lo que provocó

desconcierto entre los presentes, en especial en el cumpleaños, quien quizá creyó que mi expresión era parte de una convención desconocida por su extranjería. *Que siempre los sueños allí están todavía*, repetí esa espléndida frase que había iluminado mi tarde de trabajo en el palacio arzobispal con su sonoridad, su estructura impecable abriéndose a la eternidad sin soltar el instante, con ese uso del adverbio que retorció el pescuezo del tiempo, la frase dicha en su testimonio por una anciana indígena quién sabe de qué etnia y que pudo haber sido pronunciada en referencia a la masacre cuyas osamentas desenterraba el equipo de antropólogos forenses al que Johnny pertenecía, una frase al mismo tiempo luminosa –por su sugerencia de significados– y terrible –porque en verdad se refería a la pesadilla del terror y de la muerte. *Que siempre los sueños allí están todavía*, exclamé por tercera vez, con las cejas alzadas, en el filo del entusiasmo, para que comprendieran de una vez por todas su trascendencia, para que el argentino rapado a lo Yul Brynner no me volviera a preguntar si me apetecía una cuba, porque enseguida le respondería que estaba tomando antibióticos y el alcohol me estaba vedado, para que convirtieran los huesos recién desenterrados en palabras, en poesía de la mejor, en algo que no alcanzaba a entrar en sus cabecitas de alcornoque, tal como sospeché en cuanto intercambiaron miradas suspicaces, que los tipos necesitaban que yo repitiera una vez más y con otro énfasis la frase *Que siempre los sueños allí están todavía*, como estaba dispuesto a hacer, pero en ese instante tronó en un rincón del techo de la cocina una chicharra escandalosa, el timbre de la calle, dijeron, al tiempo que la trigüeña llamada Tania anunciaba que ella se encargaría de la puerta y Johnny Silverman se precipitaba pasillos adentro en pos de la ducha que ya era hora que tomara. «Pibe, esa frase maravillosa, ¿de dónde la sacaste?», preguntó Yul Bryner, mientras desde la sala nos llegaba una ola de risotadas y murmullos, como si los invitados se hubiesen puesto de acuerdo para llegar todos al mismo tiempo. «Impresionante, che. Parece un verso de Vallejo», dijo el argentino con una certidumbre que me desconcertó, debo reconocerlo, como si ese sujeto supiera lo que yo pensaba o se lo hubiese comentado anteriormente, algo desde todo punto de vista imposible, que era la primera vez que yo me encontraba con ese rapado del que pronto supe que trabajaba en la misión de las Naciones Unidas y que era un viejo amigo de Johnny

desde la época en que ambos coincidieron en Nueva York, un rapado que con artimaña pasó de sus comentarios sobre la poesía vallejiana y su relación con las lenguas indígenas a un sutil interrogatorio sobre mi labor en el Arzobispado y mi amistad con Erick, enfrascado completamente en la conversación conmigo en la mesa de la cocina, sin atender los llamados a que se sumara a los grupos que comenzaban a achisparse en la sala, como si me estuviera metiendo en una burbuja formada por sus mañosas preguntas y mis inevitables respuestas, como si el tipo hubiese conocido de antemano la enfermedad psíquica que me aquejaba y que consistía en que una vez que me estimulaban para comenzar a hablar quería contarle todo, con pelos y olores, vaciarme hasta la saciedad, compulsivamente, en una especie de espasmo verbal, como si fuese una carrera orgásmica que culminaría hasta entregarme totalmente, hasta quedar sin secretos, hasta que mi interlocutor supiera todo lo que quería saber, en una confesión exhaustiva después de la cual padecía la peor de las resacas. Y así sucedió: le conté en detalle sobre las mil cien cuartillas, lo que habíamos compartido con mi amigo Erick, sobre el hidalgo español y el chiquitín del bigotito mexicano, sobre los personajes de antología que pululaban por el Arzobispado, como la mujer decenas de veces violada, o la toledana sufriendo por el novio que la había estafado, o la otra española que me había contagiado un mal para combatir el cual se me imponía la abstinencia. Y entonces hubo un clic, como si algo se hubiera desconectado, como si la burbuja de encantamiento se hubiera desvanecido, como si la mención de mi padecimiento hubiera sido repugnante para el rapado argentino, quien de pronto tuvo en su jeta una expresión indescifrable, ausente, que hasta me apené porque quizá le había recordado un padecimiento similar e infecto. Fue cuando para tratar de restablecer el contacto, aunque fuera cambiando de tema, le pregunté si él era porteño o del interior de la Argentina. «Yo soy uruguayo», dijo entre dientes, con la mirada tan fea que sólo alcancé a inquirir por el baño, ponerme de pie y caminar como zombi entre los demás invitados, con la sensación de estar cayendo en un precipicio oscuro y sin fondo, porque como energúmeno había despatarrado todos mis flancos ante el astuto enemigo, quien para Johnny era Charlie, pero para la chica de sus amores y para los íntimos era Jota Ce, el mayor Juan Carlos Medina, el milico que ahora mismo estaría considerando

un plan con distintas opciones para aniquilarme una vez que yo saliera del baño, porque mientras yo permanecía sentado en el inodoro con las tripas hechas un nudo de miedo él estaría encendiéndose más y más por las palabras que habían salido insensatamente de mi boca, por el hecho de que la española a la que yo me había referido con tanto desprecio era a todas luces Fátima, aunque yo jamás mencionara su nombre, porque nadie mejor que él sabía que el contagio de marras procedía de su pene infecto. Paralizado, con la mente en blanco, sin saber qué hacer, deseoso de que todo aquello no fuera sino una pesadilla de la que pronto despertaría, descubrí que el baño de Johnny era todo un lujo: las paredes con preciosos azulejos de palacio morisco, la espaciosa bañera como para retozar con sendas damiselas, un robusto armario de cedro, alfombras diversas, implementos y aparatos modernos seguramente para el acicalamiento personal, de los que yo desconocía su existencia, espejos de varios tamaños en los que se reflejaba mi rostro contrito, una ventana batiente con cristales esmerilados... Entonces sonaron los golpes en la puerta, imperiosos, urgentes. «Está ocupado», logré balbucear con el apretón en las tripas, a sabiendas de que sólo podía ser el tal Jota Ce, quien venía a comprobar que yo no me había fugado y permanecía junto a la puerta del baño en espera de mi salida, donde aprovecharía para atraparme y cobrarse los cuernos que le había encaramado la zutana, quizá propinándome en el acto la más humillante golpiza enfrente de esos cooperantes, si bien me iba, o conduciéndome a la calle con las más siniestras intenciones, posibilidad que me selló de plano el esfínter. Jota Ce golpeó de nuevo la puerta, con la misma urgencia imperiosa, por lo que de un brinco estuve en pie con los pantalones abrochados, eché el agua y comencé a pasearme desesperado, cual rata arrinconada, que así me sentía, hasta que reparé en la ventana batiente de cristales esmerilados, la que abrí sin dificultad y a través de la cual salí al corredor de un patio interior, penumbroso y con olores a la vegetación que apenas distinguía, un corredor por el que me desplacé con el mayor de los sigilos, sombra entre las sombras, en busca de un lugar donde esconderme mientras lograba ordenar mis ideas, rebajar el miedo, apaciguar la agitación que yo transpiraba. Evitando las macetas y uno que otro escalón, siempre pegado a la pared del corredor, atento a que el tal Jota Ce no saliera por la ventana del baño, llegué al otro

extremo del patio, donde enseguida penetré por un pasillo que conducía a otra parte de ese caserón colonial y por el cual me escabullí con la esperanza de encontrar una puerta que diera a la calle, que lo único sensato era poner pies en polvorosa lo antes posible, pero en eso escuché pasos y voces que venían a mi encuentro, como si el milico de los cuernos hubiera tomado un atajo para tenderme una emboscada, por lo que presto tuve que agazaparme detrás de un macetón en espera de que mi perseguidor pasara de largo, tal como no sucedió, porque entre los tres tipos que aparecieron por el pasillo y entraron por una puerta lateral no se encontraba el rapado al que temía, sino que reconocí a Johnny Silverman y a mi amigo Erick, junto a un tercer sujeto a quien jamás en mi vida había visto. La luz que encendieron en el salón lateral iluminó la ventana ubicada justo a la par del macetón detrás del cual me escondía, lo que me dejó en una posición óptima desde la cual pude observarlos cuando se sentaban a la mesa y ponían la botella de whisky al centro, sin que ellos se percataran de mi presencia gracias a la enramada planta que emergía del macetón y a la penumbra del pasillo, pero sin que yo pudiera comprender los murmullos con que conspiraban, como pronto pude comprobar, que la ventana indiscreta no dejaba pasar más que eso, un murmullo ininteligible. Pero hasta el más sordo de los sordos se hubiera enterado de que esos tres hombres hablaban secretos, información confidencial, palabras prohibidas a los profanos, lo que no me extrañaba tratándose de mi amigo Erick, pero que luego me condujo a preguntarme qué hacía un rico judío neoyorquino desenterrando huesos de indígenas masacrados por el ejército en un país en el que por menos que eso podían freírlo vivo, y sobre todo qué carajos hacía conspirando con un representante de la Iglesia católica, como mi amigo Erick, y con ese otro sujeto que desde todo punto de vista parecía un militar —el porte firme, la mueca rígida—, en verdad un oficial de alto rango vestido de civil y a quien seguramente esperaban media docena de guardaespaldas en la calle, que mi intuición no se equivocaba, menos ante esa mirada de cobra a punto de atacar que por un instante temí que detectara mi presencia tras la planta en la penumbra. Fue entonces cuando se produjo el circuito en mi mente: ese oficial de inteligencia no podía ser otro que el general Octavio Pérez Mena, el torturador de la chica del Arzobispado y masacrador de indígenas, de quien

nunca había visto yo foto alguna porque el muy zamarro sabía pasar desapercibido, vivir en la sombra era su oficio y que la prensa ni de broma lo tuviera. Horrorizado quise largarme de ahí para no ser testigo de una conspiración que podía costarme la vida, pero tampoco tenía hacia dónde recular, que de seguro el tal Jota Ce ya andaría husmeando en el corredor del patio y de un momento a otro entraría al pasillo en el que yo me encontraba, por lo que más me convenía permanecer quieto en mi escondite, atento a las sombras a mis espaldas y al conciliábulo tras el cristal, porque si el rapado de los cuernos aparecía, de un brinco irrumpiría yo en el salón para que mi amigo Erick me defendiera, explicándole que por una confusión ese sujeto quería machacarme, de tal manera que ni los tres supondrían al fisgón de la ventana ni el tal Jota Ce podría culminar su arrebato. Especulando sobre el posible contenido de la negociación estaba yo, tratando de adivinar lo que los labios decían, cuando sentí la presencia a mi espalda, tan cerca que no me atreví a hacer el menor movimiento, tan endemoniadamente cerca que percibí su respiración en mi nuca, como si el rapado se hubiera puesto sigilosamente de cuclillas detrás de mí, para ver también por la ventana por la que yo veía, disfrutando al mismo tiempo del conciliábulo tras el cristal y del terror que me paralizaba, un terror ante el cual sólo se me vino de golpe a la mente el testimonio de un sobreviviente que había corregido esa tarde y que decía *hay momentos en que tengo ese miedo y hasta me pongo a gritar*, que era exactamente lo único que yo quería hacer en ese instante y lo último que podía hacer, del miedo ponerme a gritar. Pero pasaron eternos segundos sin que hubiera señal ni palabra, hasta que resopló en mi oreja el típico gemido canino en busca de juego o cariño, por lo que cautelosamente volteé mi cabeza y reconocí a un mastín mocetón, simpático, con la trompa partida, como si hubiese padecido de labio leporino, ganoso de retozar ahí mismo, que seguramente al pobre no lo dejaban entrar donde los cooperantes bailaban, de ahí que comenzara a brincotear una vez que supo que mi atención era suya, a brincotear por el pasillo dando ladridos juguetones que de inmediato despertaron sospechas en el trío que en el salón conspiraba, por lo que no tuve otra opción que regresar apresuradamente al corredor, huyendo entre las sombras, sin importarme que pudiera caer en las garras del rapado argentino, que temía mucho más ser atrapado por el general Octavio

Pérez Mena, quien procedería a interrogarme sin contemplación alguna sobre los motivos de mi espionaje, con el método expedito de ablandarme a trompadas, y enseguida me conduciría a sus macabras ergástulas, pero gracias al cielo el mastín olfateó entusiasta a su dueño, porque sus intensos ladridos juguetones quedaron en el pasillo, mientras yo avanzaba hacia la ventana del baño por la que había salido, pero que ahora estaba cerrada, lo que me obligó a seguir de largo hasta dar con el salón de los invitados, entre los que me abrí paso a trompicones, no fuera a ser que el general de marras viniera en estampida, sin que yo me percatara, pegado a mis talones. Buscaba la puerta de la calle cuando de súbito topé con el rapado y con Fátima, carajo, que era lo que me faltaba, quedar entre dos fuegos, el masacrador inclemente a mis espaldas y el cornudo y su novia en el frente. «¿Dónde te habías metido?», exclamó ella, con la inocencia de una compañerita de primera comunión, cuando lo que yo esperaba era la trompada del rapado. «Que ya conociste a Charlie», insistió mientras yo intentaba irme de paso. «Joder, tío, ¿qué te pasa? Parece que hubieras visto al diablo», exclamó ella tomándome por el brazo, mientras yo me volteaba para no ver la cara del rapado que la abrazaba. «Lástima que Jota Ce no pudo venir. Me hubiera encantado que lo conocieras», alcancé a escuchar que decía, y después explicó que Charlie era uno de los mejores amigos de Jota Ce, compatriotas y compañeros de trabajo, precisó, sin que su explicación lograra detenerme en mi huida hacia la calle.

Once

Como liberado de temores me sentí esa primera mañana cuando desperté en la habitación que me asignaron en la casa de retiro espiritual a la que me habían conducido el día anterior mi amigo Erick y el chofer del Arzobispado, con el propósito de que me concentrara intensamente durante no más de diez días en la revisión final de las mil cien cuartillas para poder enviarlas lo antes posible a la imprenta, porque yo mismo había manifestado a mi amigo Erick la necesidad de encerrarme a trabajar en un sitio alejado del ruido mundano, un sitio donde yo pudiera concentrarme las veinticuatro horas sin interrupción alguna en la labor para la que estaba contratado, que de otra manera no garantizaría yo que el informe estuviera cuidado con el rigor requerido, tal como se lo dije a mi amigo Erick unos días antes de mi traslado a esa casa de retiro espiritual ubicada en una zona boscosa en las afueras de la ciudad, una casa inmensa y moderna compuesta de cuarenta habitaciones idénticas distribuidas en forma de cruz y con un espacio común en el centro, donde estaban la cocina, el vasto comedor, salones de estudio y una pequeña capilla.

Como liberado de pesadillas me sentí esa primera mañana al despertar en la austera habitación de blancas paredes, tirado en la litera desde la que gocé contemplar, a través de la puerta de cristal que se abría al amplio patio de césped y al bosque de pinos al fondo, la neblina que pasaba empujada por el viento, como si de súbito hubiera despertado en otro país donde la naturaleza hiciera del hombre un animal menos sanguinario, un sentimiento que estimuló mi vieja aspiración de vivir la vida de una nueva manera, con la mente y la emoción insufladas de aire libre y buenas vibraciones, por lo que de inmediato salí de la cama a equiparme con mi sudadera, mis pants y mis zapatillas tenis, que sólo tenía que correr la puerta de cristal para salir a trotar y a reinventarme, tal como hice, caramba, el aire salvaje y húmedo impregnó

mis pulmones de un novedoso entusiasmo mientras trotaba en el patio de césped que rodeaba la construcción en forma de cruz, con mi mente puesta en el acontecer de mi respiración y mis músculos, los cuales estaban respondiendo de forma satisfactoria, a pesar de que ya tenía varios meses sin practicar ejercicios. Al terminar la primera vuelta alrededor de la casa de retiro espiritual, comprobé que no había más inquilinos en ella, tal como había previsto mi amigo Erick, quien me dijo que durante la semana laboral sólo estaría con el personal de administración y de servicio, como ese jardinero que ahora divisaba hacia el lado del bosque, pero que los sábados y domingos la casa se convertiría en un hervidero de catequistas, situación que por un lado me satisfizo pues no habría motivo de interrupción durante mis días de trabajo, pero que por otro lado me produjo cierta preocupación, habida cuenta de que si un empeinado enemigo quería destruirnos a mí y al informe de marras no tendría dificultad alguna para penetrar por el bosque que nos circundaba, llegar campante a la puerta corrediza de cristal de mi habitación y proceder a aniquilarnos, pensamiento que vino a enturbiar el ánimo con que comenzaba mi segunda vuelta trotando alrededor de la casa de retiro y por culpa del cual dejé de disfrutar del aire limpio y del paisaje, incluso perdí la respiración acompasada que tan bien había logrado, sumiéndome en viejos temores, que el tupido bosque dejó de ser ocasión de agasajo y se convirtió en ruta de acecho, y ya no hubo más trote para limpiar mi cuerpo y mi espíritu sino una carrera desenfrenada por llegar a la habitación en la que tantas horas encerrado permanecería a lo largo de los días por venir, concentrado en la pantalla de la computadora que de la oficina de monseñor habíamos traído y que ocupaba la pequeña mesa ubicada junto a la puerta corrediza de cristal, la mesa de trabajo desde la cual a medida que oscurecía yo comenzaba a ver con cierto temor hacia el tupido follaje del bosque, hasta que optaba por lanzarme a través del pasillo desierto hacia el comedor, donde tomaría mi cena a solas mascullando aquellas partes del informe que me habían impactado, como un testimonio que decía *al principio quise haber sido una culebra venenosa, pero ahora lo que pido es el arrepentimiento de ellos*, del que me impresionó particularmente el hecho de que alguien quisiera ser una culebra venenosa, que un indígena creyera que podía convertirse en una culebra venenosa a fin de consumir su venganza, y

me impresionó a tal grado que esa noche me abstuve de abrir la puerta corrediza de cristal no fuera a ser que una culebra procedente del bosque anduviese merodeando por el patio de césped y aprovechara un descuido de mi parte para penetrar rauda en mi habitación, un temor que me llevó a recordar la jeta de culebra venenosa que tenía el general Octavio Pérez Mena cuando lo vi reunido con Johnny el judío y con mi amigo Erick, a quien a propósito nunca cuestioné sobre lo que yo había presenciado a través de la ventana indiscreta, que mi curiosidad enmudecía frente a mi miedo, como quedó en evidencia desde esa noche en la casa de retiro espiritual, cuando no sólo me abstuve de abrir la puerta corrediza de cristal sino que también cerré la persiana para aislarme completamente del oscuro patio de césped, donde de pronto hubiera podido aparecer la cara de culebra venenosa del general Octavio Pérez Mena, su rostro siniestro pegado al cristal de la puerta, ¡mierda!, que yo hubiera salido espantado aullando por el pasillo silencioso en busca de la caseta de los vigilantes, aunque se tratara de un esfuerzo infructuoso, claro está, pues en el momento en que el rostro del torturador hubiera aparecido tras el cristal de la puerta, ya mi habitación habría estado rodeada por un comando de soldados.

Que la soledad puede quebrantar hasta el ánimo más cuerdo lo pude comprobar a partir de mi tercer día de encierro en la casa de retiro espiritual, luego de pasar horas y horas sin cruzar palabra con nadie, intercambiando saludos sólo a las horas de comida con el personal de servicio, metido a fondo en la revisión del informe, durmiendo a sobresaltos en la pequeña litera, ajeno al mínimo placer, que ni el alivio de una paja era posible por la enfermedad que me aquejaba (aunque ya no había gotica en mi pene), de ahí que mi mente comenzara a perturbarse al grado de que una misma imagen se me imponía en los momentos de descanso, una imagen que se repetía en varias partes del informe y que poco a poco me fue penetrando hasta poseerme por completo cuando me ponía de pie y empezaba a pasearme en el reducido espacio de la habitación, entre la mesa de trabajo y la litera, como poseído, como si yo fuese ese teniente que irrumpía brutalmente en la choza de la familia indígena, tomaba con mi férrea mano al bebé de pocos meses por los tobillos, lo alzaba en vilo y luego lo hacía rotar por los aires, cada vez a más velocidad, como si fuese la honda de David desde donde saldría

disparada la piedra, lo hacía girar por los aires a una velocidad de vértigo, frente a la mirada de espanto de sus padres y hermanitos, hasta que de súbito chocaba su cabeza contra el horcón de la choza, reventándola de manera fulminante, salpicando sesos por todos lados, le daba vueltas por los aires tomado de los tobillos hasta que volvía en mí y me percataba de que había estado a punto de golpear mi brazo que giraba con violencia contra el respaldo de la litera, porque no estaba en ninguna choza sino en la pequeña habitación de la casa de retiro espiritual, ni yo era ese teniente que reventaba la cabeza de los bebés recién nacidos contra los horcones al calor de la masacre, sino un corrector perturbado por leer ese testimonio que se repetía a lo largo del informe. Entonces, sudoroso y con los nervios a flor de piel, volvía a sentarme frente a la computadora, obligado a seguir adelante en la revisión del texto, que el tiempo apremiaba, persistía en mi trabajo como obseso hasta que al paso de las horas mi concentración languidecía y una vez más era poseído por la misma imagen, me ponía de pie y me transformaba en el teniente Octavio Pérez Mena, oficial a cargo del pelotón destacado para la masacre, así que entraba de nuevo a la choza de esos indios de mierda que sólo entenderían el infierno que les esperaba cuando vieran girar por los aires al bebé que yo mantendría tomado de los tobillos para reventar su cabeza de carne tierna contra los horcones de madera. Y era el reguero de sesos palpitantes el que me hacía volver en mí, descubrirme en medio de la habitación, agitado, transpirando, un tanto mareado por los movimientos vertiginosos hechos cuando giraba al bebé por los aires, pero al mismo tiempo con una sensación de levedad, como si me hubiera quitado una carga de encima, como si mi transformación en el teniente que reventaba la cabeza de los bebés recién nacidos contra los horcones fuera la catarsis que me liberaba del dolor acumulado en las mil cien cuartillas en las que enseguida me volvía a sumir, en un ciclo repetitivo de concentración prolongada con intervalos para la misma fantasía macabra.

Pero al cuarto día, debo reconocerlo, mi mente se me fue de las manos y no tuve ya momento de sosiego, que las barbaridades que una y otra vez leía –en busca de la última coma mal puesta, del astuto gazapo o de la frase no del todo clara, porque a esas alturas en los contenidos ni loco me metería– fueron permeando a grado tal que de pronto estuve fuera de mí, y cuando mis ojos

no estaban repasando el texto en la pantalla era mi mente la que se transportaba al teatro de los hechos y entonces ella ya no era mía, si alguna vez lo había sido, sino que se paseaba a su antojo, la muy reporterita, por la explanada de la aldea donde los soldados machete en mano tasajeaban a los pobladores maniatados y puestos de hinojos, o entraba a la choza donde los sesos del bebé volaban por los aires, o se metía a la fosa común entre los cuerpos mutilados, como si yo no hubiera tenido suficiente con lo leído hasta el hartazgo ella deambulaba en un círculo vicioso de imágenes que, al filo de la medianoche, me habían perturbado tanto que apenas logré correr la puerta de cristal para salir al patio frío y oscuro a aullar como animal enfermo bajo el cielo estrellado, abrí la puerta corrediza de cristal y salí a aullar al patio azotado por el viento sin ponerme a pensar que una culebra venenosa pudiera estar al acecho, sin considerar que el general Octavio Pérez Mena con su partida de sicarios pudieran echarme la mano encima, pegué tres aullidos tan tremendos que los vigilantes seguramente pensarían en un coyote que rondaba. Pero entonces, cuando volvía en mí, reponiéndome del acceso, aún a medio patio, en la oscurana y el viento zumbante, percibí las sombras que sigilosas se acercaban procedentes de ambos lados del patio, cuatro sombras que pronto serían siluetas y me tendrían rodeado, ¡carajo!, que en tales circunstancias el intento de regresar a la habitación hubiera sido un suicidio, por lo que presto salí en estampida hacia la profunda oscuridad del bosque, con un arranque tan inesperado y contundente que mis perseguidores no alcanzaron a reaccionar a tiempo, de tal manera que me escabullí adivinando una vereda entre los pinos y la maleza por la que había incursionado en mis trotes matutinos, la vereda que seguí a tientas, con el corazón latiéndome al tope, temiendo que los tipos me alcanzaran, que dispararan ráfagas hacia donde yo sofocado corría o que otros esbirros estuvieran apostados para cazarme en la vereda; pero hubo un momento en que mis sentidos se despejaron, como si el susto me hubiese entreabierto las puertas de la percepción, que así me sentía, cruzando el bosque por esa vereda entre olores húmedos y los ruidos de mi propio miedo, guiándome como si esa ruta hubiese sido de siempre sabida, sin chocar contra un árbol ni sufrir la fatal caída, apenas uno que otro tropezón, con la sensación de haber escapado por esa vereda anteriormente como si estuviera viviendo de nuevo lo mismo y

con la certeza de que mis perseguidores habían optado por dejarme escapar y volver sus pasos hacia la habitación, donde procederían a incautar el informe, si no a destruir la computadora y los disquetes, seguros de que así impedirían su publicación, mientras yo avanzaba por esa vereda que pronto me sacaría a unos potreros por donde tenía que estar la carretera principal que bajaba hacia la ciudad, si mi sentido de la ubicación no fallaba, que hasta yo me sorprendía de lo bien que podía ver en la noche oscura. Y no me equivoqué: después de bordear unos setos desemboqué en la carretera por la que trotaría, atento al ruido de cualquier vehículo, que los tipos que me habían rodeado en el patio tendrían que bajar por esta misma vía, seguramente buscándome, para que no hubiera testigo, por lo que ante cada vehículo que se aproximara yo me agazaparía en los linderos de la carretera, detrás de un tronco o de un cerco de piedra, y sólo volvería a trotar cuando escuchara el motor que se iba a lo lejos.

Y al ritmo del trote, mi memoria caprichosa me hizo comenzar a repetir entre dientes la última frase que para mi libreta de apuntes había escogido esa noche, una frase que a primera vista no parecía tener nada especial, pero que a la velocidad de mi huida tomó el ritmo de esos cantos que los contingentes de combatientes gritan para encenderse a medida que marchan, la frase *herido sí es duro quedar, pero muerto es tranquilo* se convirtió pues en el grito de guerra que yo entonaba mientras iba trotando por la carretera, una frase que quizá vino a mi memoria porque encajaba cabalmente en el ritmo de la marcha, de tal manera que pronto me vi entonando en voz alta *herido sí es duro quedar, pero muerto es tranquilo*, como si yo hubiese sido un guerrero dispuesto a inmolarme repetía cada vez con voz más aguerrida el lema *herido sí es duro quedar, pero muerto es tranquilo*, sin importarme que por mi enardecimiento no me enterara del momento en que apareciera el vehículo de mis perseguidores, sino que, por el contrario, no tardé en buscar una causa que le insuflara combatividad a mi canto y que sólo podía ser la idea de retornar a la casa de retiro espiritual para hacer frente al ataque que la cuadrilla del general Octavio Pérez Mena estaba perpetrando contra la memoria y el trabajo de tantos, una idea que prendió la mecha de mi entusiasmo mientras bajaba por la carretera, pero que enseguida mostró toda su insensatez, cuando escuché un potente motor que se aproximaba y de

inmediato me parapeté detrás de un bordillo, aterrorizado ante la posibilidad de que los criminales me detectaran y procedieran a eliminarme, como insensato era también que entonara con ardor la frase *herido sí es duro quedar, pero muerto es tranquilo*, que eso era propio del dolor de un indígena sobreviviente de la masacre y no de un corrector que ahora trotaba precisamente para no quedar ni muerto ni herido.

Me acerqué a las primeras casas por el sector de Mixco repasando las opciones que tenía para el resguardo, que a decir verdad eran poquísimas, y siendo sincero apenas una, porque ni loco iría a mi apartamento del edificio Engels ni al de la Pilarica, pues quienes querían destruir el informe estarían al tanto de los que en él trabajábamos, que no en balde se autodenominaban inteligencia militar, y si se habían atrevido a incursionar en la casa de retiro de los curas, con impunidad absoluta me arrebatrían de donde la toledana. Sólo me quedaba telefonar a mi compadre Toto, quien asustado alzaría la bocina para escuchar mi pedido de auxilio, que me urgía que por favor viniera a recogerme en el acto a las coordenadas que enseguida le di, enfatizando que los matarifes rondaban. Luego me agazapé detrás de un contenedor de basura, a inmediaciones del teléfono público, a esperar que mi compadre apareciera, que ése fue el único sitio donde podía transcurrir sin que mis perseguidores ni un vigilante nocturno me descubrieran, y mientras escondido tiritaba me asaltó la culpa de haber abandonado mi trinchera de trabajo, imaginando lo que monseñor o mi amigo Erick podrían pensar de mi desaparición y si no supondrían un contubernio de mi parte, pensamiento ante el que me defendí recordando la sospechosa reunión de mi amigo Erick con el general Octavio Pérez Mena y Johnny el judío, que la cuestión no estaba como para que alguien acusara, y mi preocupación de que se pudieran perder lo cientos de testimonios de tantos sobrevivientes carecía de sentido, pues copias del informe habría en las computadoras de mi amigo Erick, del gallardo Joseba y del chiquitín del bigotito mexicano, cuando menos, y por si eso fuera poco saqué del bolsillo de mi chaqueta de cuero mi pequeña libreta de apuntes, que de ella ni de mi pasaporte me desprendía nunca, para buscar el fragmento de un testimonio copiado en los últimos días que en esa penumbra pestilente, tras el contenedor de basura, logré descifrar para hacer leve mi espera, un texto que decía *que se borre el nombre de los muertos*

para que queden libres y ya no tengamos problemas, lo que ponía en evidencia que hasta algunos indígenas sobrevivientes no querían ya recuperar la memoria sino perpetuar el olvido.

Con regocijo salté de mi escondite media hora más tarde cuando escuché que el auto de mi compadre Toto se detenía, y ni bien hube cerrado la portezuela me descosí a relatarle el ataque en el patio de la casa de retiro, el embate de los malosos y mi reacción oportuna, con tal atropello que mi compadre Toto sólo atinaba a decirme que me calmara, como si yo hubiera estado para contar con calma, cuando lo que trataba de transmitirle eran mis sospechas de que la agresión de la que acababa de salir indemne por un pelo pudiera estar relacionada con la conspiración de la que fui testigo a través de la ventana indiscreta. «¿Querés que subamos a ver qué ha pasado?», me preguntó mi compadre Toto, preocupado, pero con firmeza. Le respondí que ni loco, que yo ya había considerado esa posibilidad durante mi escape, pero el riesgo era altísimo, que mejor me diera posada en su casa y ya en la mañana me podría echar una mano, porque a él los militares no lo ubicaban y podría entrar a mi apartamento del edificio Engels a sacar mis pocas pertenencias y el dinero escondido en el recoveco de un mueble, con el que compraría el boleto para largarme hasta donde fuera posible. «Subamos a echar un vistazo. Nada perdemos», insistió mi compadre Toto para mi asombro.

Doce

La Tierra no quiere saber nada ni entiende lo que le cuenta el cometa, pues ella está feliz en su órbita y odia ser perturbada por quien sólo aparece de vez en cuando procedente quién sabe de dónde, pensaba yo esa madrugada apoyado en la barra del bar de Peter, con mi vista fija en el espejo donde se reflejaba mi rostro sobre una ringlera de botellas, donde en verdad se reflejaban las decenas de bebedores que estaban a mis lados y a mi espalda, entre la densa humareda de cigarrillos y las voces entusiastas de quienes iniciaban la parranda más larga del año, el llamado «Carnaval» –que nada tenía en común con lo que yo denominaba con esa palabra–, bebedores que brindaban animadamente y a quienes yo apenas percibía en el salón iluminado, pues mi atención estaba fija en mi rostro, que se reflejaba en el espejo, con la concentración puesta en cada uno de mis rasgos, en mi expresión, que de pronto se me hizo ajena, como si el que estaba ahí no hubiera sido yo, como si ese rostro por un instante hubiera sido de otro, de un desconocido, y no mi rostro de todos los días, un instante en que me fui irreconocible y que me causó el peor de los pánicos, al grado de que temí un ataque de locura en medio de esos desconocidos en una ciudad desconocida si no hubiera aparecido el primo Quique a mi lado, que a nadie le gusta verse en el espejo y encontrarse con otro. «Esos dos maricas se estaban chupando la moronga en el baño», se quejó el primo Quique acomodándose en la barra. «Yo quería entrar a cagar y los dos culeros no salían del baño por estarse chupando la verga», repitió el primo Quique con la vulgaridad que era su impronta de origen. Le pregunté cómo podía asegurar semejante cosa si no los había visto, a lo que me respondió que los había escuchado claramente cuando comentaban la felación que ejercían, pues el primo Quique hablaba el alemán con soltura y su enojo me convenció de que para nada mentía. Comenté si no sería costumbre autóctona practicar la felación cuando el

llamado «Carnaval» empezaba, que cada pueblo tiene sus usos y costumbres, dije, y si llamaban «Carnaval» a un desfile de carrozas a las cuatro de la madrugada a una temperatura de cinco grados bajo cero, no me hubiera extrañado en absoluto que en vez de danzar semidesnudos, como en los carnavales que yo conocía, optaran por la felación al calor de los baños. Pero el primo Quique ya no me prestó atención, sino que le pidió otro tarro de cerveza a Peter y se puso a conversar con la chica pálida que estaba a su lado, una holandesa de buen ver a la que quería llevarse a la cama, que las mujeres eran su obsesión y su flanco, por lo que una vez más permanecí solo bebiendo entre el gentío, aferrado al tarro, temeroso de encontrarme con mi rostro desconocido en el espejo, pensando que yo era el cometa y el primo Quique la Tierra, y por eso se aburría si yo trataba de contarle mi experiencia como corrector de las mil cien cuartillas, pues para él se trataba de una galaxia remota que ya nada le decía y su única reacción era achacarme el que yo no hubiera incluido en mi contrato con los curas el costo de un tratamiento para aliviarme de la agresión psíquica y emocional a la que había estado sometido mientras corregía una y otra vez el informe de marras, en lo cual quizá tenía razón, que pese a encontrarme del otro lado del mundo, un morboso estado de tristeza me impedía disfrutar la tranquilidad del entorno, y a la menor provocación por parte del primo Quique yo hacía referencia al texto corregido y a la experiencia padecida semanas atrás, sin perder la costumbre de desenfundar mi pequeña libreta de apuntes para leer las frases que tanto me conmovían, muchas de las cuales ya sabía de memoria, como aquella que decía *Para mí recordar, siento yo que estoy viviendo otra vez*, cuya sintaxis cortada era la constatación de que algo se había quebrado en la psiquis del sobreviviente que la había pronunciado, una frase que cabalmente se aplicaba a mi situación en esa ciudad extranjera y lejana donde me había ido a refugiar gracias a la hospitalidad del primo Quique, donde para mí recordar era vivir otra vez los testimonios de pesadilla tantas veces leídos. «¿Quieres otra cerveza?», me preguntó Peter, el simpático gigantón suizo dueño del bar, el único que en ese sitio hablaba español, quien se movía agitado tras la barra, porque los clientes eran demasiados, con sed abrumadora, y me puso el nuevo tarro rebosante de espuma mientras yo contemplaba la calle a través de los amplios ventanales, aún sorprendido por

los centenares de habitantes que haciendo caso omiso del frío inclemente se arremolinaban disfrazados en las penumbrosas aceras, gozosos, celebrando el paso de las carrozas y bailando al son de tambores y flautines, como si estuviésemos en un aquelarre de la Edad Media. «¿Todo bien?», me preguntó Peter, quizá conmovido por mi rictus en medio de tanta algarabía, a lo que respondí que sí, que me parecía increíble un carnaval tan vistoso en la madrugada y en lo peor del invierno, que era una lástima que mi desconocimiento del idioma me impidiera comprender el sentido de las carrozas y de las burlas que hacían. Pero segundos después él ya estaba en el otro extremo de la barra y yo quedé de nuevo frente a mi jeta en el espejo, convencido de que nada pasaría y de que si clavaba mi mirada en mis ojos algo descubriría o al menos conjuraría la posibilidad de encontrarme a otro en mi puesto, y por aquello de las asociaciones y del temor a descubrirme distinto en el espejo pronto se instaló en mi mente la frase que decía *eran personas como nosotros a las que teníamos miedo*, la cual repetía sin quitarme la vista de encima, incluso cuando empiné el tarro de cerveza de reojo no me perdí de vista ni dejé de repetir *eran personas como nosotros a las que teníamos miedo*, quizá con tal énfasis que no tardé en sentir la mano del primo Quique en mi hombro, percibí su imagen que se me acercaba en el espejo y me preguntaba al oído qué me sucedía, si era a él a quien me estaba dirigiendo, a lo que respondí, volteando a verlo a los ojos, *eran personas como nosotros a las que teníamos miedo*, lo que por supuesto lo desconcertó, como siempre que le respondía con la frase de un indígena que por un pelo se le había escapado a la muerte, y que luego le producía fastidio por lo que él denominaba mi «obsesión enfermiza», pero que ahora no sucedió, lo del fastidio, digo, sino que el primo Quique me preguntó a qué me refería, realmente preocupado, como si temiera una reacción impredecible y violenta de mi parte, entonces le expliqué que el ejército había obligado a la mitad de la población a que asesinara a la otra mitad, que mejor que el indio matara al indio y que los vivos quedaran marcados. «Salgamos ahorita, que ya van a pasar las carrozas de las que te hablé», dijo con premura el primo Quique, a quien el desasosiego atacaba cada vez que yo hablaba de política y militares. «¿Y la holandesa?», le pregunté. «También viene con nosotros», dijo tomándome del brazo y conduciéndome hacia la percha donde los abrigos

colgaban. Pero cuando abrí la puerta, el frío me pateó con tal virulencia que le dije al primo Quique que por nada del mundo yo iría a abrir la boca a la calle, que por mí no se preocupara, me quedaría tibio en la barra hasta que nos largáramos a su casa, que él impresionara a la holandesa a su antojo para después revolcarla. Y de tal modo aconteció: me quedé bebiendo lentamente del enorme tarro de cerveza, intercambiando uno que otro comentario con Peter, eludiendo el espejo, hasta que irremediablemente saqué mi pequeña libreta de apuntes, sin ninguna intención especial, como el vicioso que enciende otro cigarrillo con la colilla del anterior o el solitario que lee el periódico en la barra, así hojeaba yo mi libreta y paladeaba las frases, repitiendo algunas en voz alta para disfrutar de su musicalidad o recordar emociones precisas, cuando Peter se acercó a preguntarme qué era lo que yo leía, en el instante preciso en que yo masculaba el comentario que decía *mientras más matara, se iba más para arriba*, que en verdad era un lamento ante la recompensa otorgada a la criminalidad del vecino y que pronuncié con mi mejor gestualidad ante el asombro de Peter, que nada entendía y a quien tuve que explicar que la frase sintetizaba el hecho de que en la sociedad de la que yo procedía el crimen constituía el más eficaz método de ascenso social, por eso *mientras más matara, se iba más para arriba*, repetí, carente de audiencia, pues el gigantón suizo se había desplazado hacia otro cliente. Fue cuando recordé que a esa hora quizá ya habría noticias sobre la presentación del informe y me entró la tremenda ansiedad por saber lo que había sucedido la mañana del día anterior en la catedral, donde monseñor lo había dado a conocer con gran propaganda, según me había contado en su último correo electrónico mi compadre Toto, en ese mismo correo en el que me informaba de su encuentro con mi amigo Erick, quien había manifestado su desconcierto ante mi súbita desaparición, como si yo le hubiera tenido que dar explicaciones a alguien que conspiraba de la forma más sospechosa, como si no fuera por culpa de esa conspiración que yo me encontraba tiritando de frío en una ciudad desconocida al otro lado del mundo, abandonado en un bar donde no podía conversar con nadie, con ganas sólo de regresar al apartamento del primo Quique a encender la computadora y enterarme al menos del título que finalmente le habían puesto al informe, que mi propuesta había sido que lo titularan con la frase más contundente encontrada en

testimonio alguno, la frase que decía *Todos sabemos quiénes son los asesinos* era para mí la propicia, la indicada para servir de título al informe, que en verdad quería decir eso, que *Todos sabemos quiénes son los asesinos*, una frase que les propuse en la última reunión sostenida con mi amigo Erick y el chiquitín del bigotito mexicano antes de irme a enclaustrar a la casa de retiro espiritual y que ellos escucharon sin el entusiasmo que a mí me producía. «¡*Todos sabemos quiénes son los asesinos!*», exclamé alzando el brazo para que Peter me viera, que ahora mismo pagaría mis cervezas y me lanzaría hacia el apartamento del primo Quique, sin esperar a que éste regresara al bar, pues con la holandesa a su lado no había seguridad de ningún regreso. Y en esas estaba, esperando que Peter me trajera la cuenta, cuando de golpe descubrí con asombro que apoyado en la barra hacia mi derecha bebía ni más ni menos que el general Octavio Pérez Mena, ¡mierda!, el mismísimo rostro que había visto yo a través de la ventana indiscreta, que ahora me miraba por el espejo con el mayor de los descaros y que cuando lo enfrenté con el ceño retador, pues mis cervezas eran muchas y su impunidad aquí inexistente, volteó hacia el otro lado, esquivándome, el muy mamaíta, lo que no hizo más que encender mi ánimo y darme el valor para gritarle, alzando mi tarro al aire, ¡*Todos sabemos quiénes son los asesinos!*, que ése era el brindis que el torturador merecía, y al cual correspondió con la sonrisa boba de quien no entiende la lengua en que le hablan, como si así hubiera podido despistarme, tan tonto me creía, por lo que una vez que hube pagado a Peter lo ingerido, me encaminé hacia el espía y le espeté a boca de jarro: *Después vivimos el tiempo de la zozobra*, a ver lo que respondía, le espeté esa frase del informe que había rondado en mi cabeza los últimos días y ante la cual puso su mejor sonrisa de despistado y enseguida pronunció algo en alemán que por supuesto yo no comprendí y que seguramente era una coartada para esquivarme, por lo que le repetí ya un poco fuera de mí *Después vivimos el tiempo de la zozobra*, lo que para mí era una especie de desafío que él apechugó sin hacerme caso y hablando con Peter en una lengua ajena a mi entendimiento.

Presto estuve pues en la calle tiritando, abriéndome paso entre el gentío en camino hacia la Aschenplatz, donde tendría que tomar el tranvía, que el centro de la ciudad estaba cerrado al transporte por los desfiles y la algarabía; y para darme ánimo entre aquella multitud de desconocidos que bebían y

cantaban en el frío amanecer, y para espantar de mi mente al fantasma que en el bar había quedado, yo también grité una que otra vez a todo pulmón: *¡Todos sabemos quiénes son los asesinos!*, un grito que me encendía y que pasaba desapercibido en el desparpajo del llamado «Carnaval», un grito del que no me abstuve ni dentro del tranvía repleto de juerguistas, pero que no pude proferir al entrar al apartamento del primo Quique, tal como era mi intención, porque un gemido más fuerte me paró en seco, el gemido de la holandesa que despatarrada tragaba, caramba, que el alcohol se me evaporó del impacto y me vi obligado a desplazarme con el mayor de los sigilos a fin de que mis ruidos no cortaran esos gemidos de timbre bastante alto, para ser sincero, pues los sentía casi en mi oído, aunque ya estaba yo encerrado en el cuarto de estudio donde dormía, y si no hubiera tenido el propósito de encender la computadora para revisar mi buzón electrónico pronto me hubieran conducido a la más fácil de las pajas. Y en efecto, en mi buzón había un mensaje del compadre Toto, el cual procedí a abrir con mi mejor entusiasmo, y que no era una carta sino una especie de telegrama que decía: «Ayer a mediodía monseñor presentó el informe en la catedral con bombo y platillo; en la noche lo asesinaron en la casa parroquial, le destruyeron la cabeza con un ladrillo. Todo el mundo está cagado. Da gracias que te fuiste».

AGRADECIMIENTO

Pude terminar este texto gracias al apoyo desinteresado de Ana Carolina Alpírez, Guillermo Escalón, Otoniel Martínez, Rodrigo Rey Rosa y Edelberto Torres Escobar.



Insensatez

Horacio Castellanos Moya

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Ilustración de la portada: Caín huyendo del cadáver de Abel, detalle de *El cuerpo de Abel descubierto por Adán y Eva* (1826), de William Blake. © Tate Gallery, Londres / Art Resource, Nueva York.

© Horacio Castellanos Moya, 2004

Reservados todos los derechos de esta edición para

© Tusquets Editores, S.A. - Av. Diagonal 604, 1º 1ª - 08021 Barcelona

www.tusquetseditores.com

Primera edición en libro electrónico (epub): julio de 2014

ISBN: 978-84-8383-915-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S.L.L.